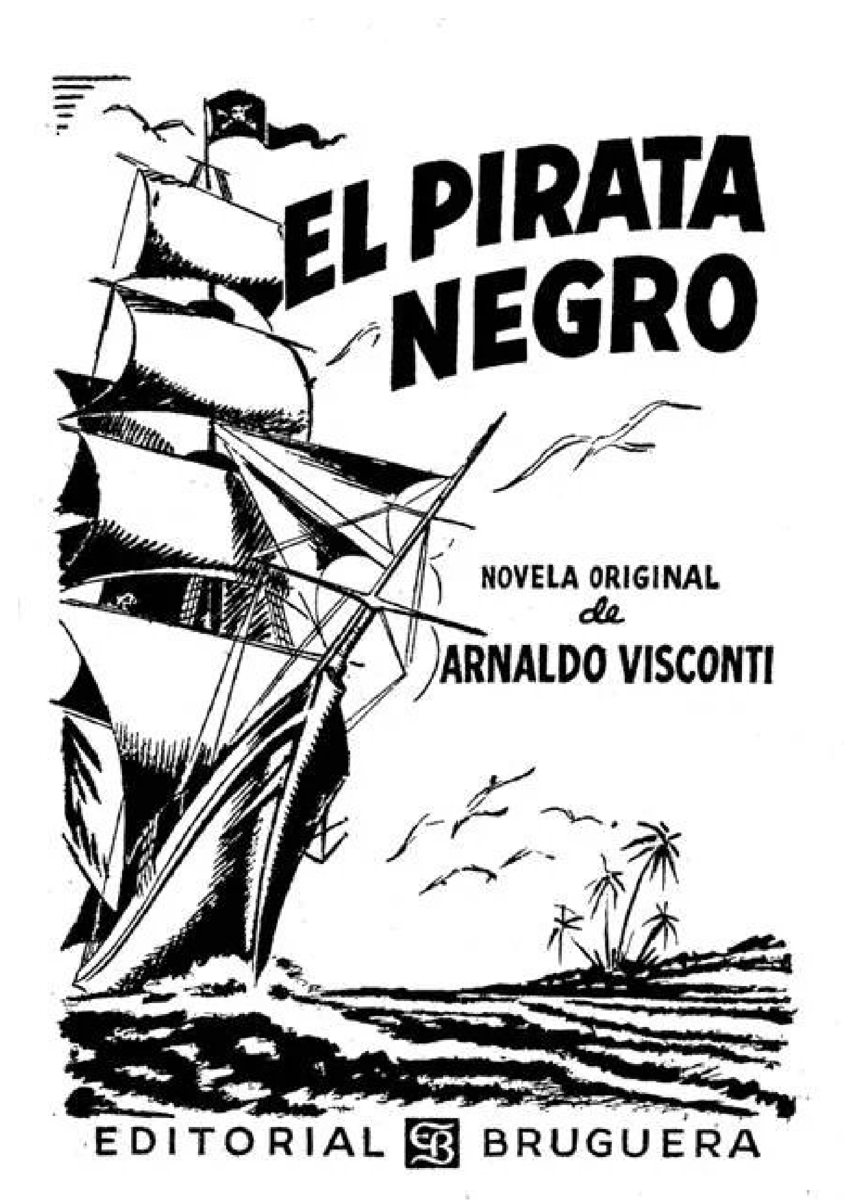
EL PIRATA NEGRO





ODISEA EN ITALIA



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Odisea en Italia

Colección El Pirata Negro n.° 42

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


ODISEA
en
ITALIA

CAPÍTULO PRIMERO

El desheredado

Con la indiferencia del avezado a muchas situaciones semejantes, el médico retiróse del lecho, apartándose de la yacente que insensible a todo parecía dormir.

Se dirigió al final de la anchurosa alcoba, donde un hombre manteníase en pie, reclinado contra la pared, en la obscuridad.

—He hecho cuanto he podido, señor. Pero hay enfermedades contra las cuales nada puede nuestra ciencia-dijo el médico.

—No puedo creerlo... —murmuró a modo de réplica su interlocutor—. No recibió herida alguna, ni maltrato grave.

—Mejor habría sido, porque de heridas físicas fácil es el remedio. Pero vuestra esposa era de endeble constitución enfermiza. Muchos han debido de ser los pesares que fueron aminorando sus resistencias, y recientes choques emocionales han actuado a modo de soplos que apagaron la frágil llama de su existencia. Como deseasteis, he permanecido a su lado toda la noche aplicándole cuantos revulsivos enérgicos pudieran reanimarla. Pero mucho debió ser el espanto que le causara algún hecho reciente, porque el terror seguía anidando en su espíritu, y no pudo vencerlo la ciencia. Con vuestro permiso me retiraré. Iré a comunicar ese fatal desenlace a Maître Honoré Fripon, el notario, visto el interés que se tomó en que personalmente asistiera a la que ha dejado de existir. Ánimo, señor. Tened valor y resignación, que en trances semejantes la fortaleza de un espíritu viril sabe y debe sobrellevar las amargas...

—Idos, señor médico. Si os fueron pedidas vuestras dotes de entendedor en dolencias físicas, no os he pedido palabras banales de consuelo.

El médico miró hacia la penumbra de donde partía la voz, y encogiéndose de hombros, abandonó la alcoba de la posada “'Le Loir Gorgé”.

Diego Lucientes al quedarse solo avanzó hacia el lecho. Habían sido horas y horas las que había, permanecido a la cabecera de la cama, donde mansamente, en mudo delirio, Rosa Hoyos iba extinguiéndose.

Sin embargo, aun ahora habría incredulidad en las pardas pupilas del madrileño cuando, sentándose en el borde del amplio lecho, apoyó la diestra en las dos manos que el médico había enlazado, cruzándolas sobre el seno de la muerta, por encima del embozo.

No pronunció palabra alguna por espacio de bastante tiempo en que dedicóse a contemplar a la que semejaba una durmiente.

Le sacó de su abstracción un discreto repiqueteo en la puerta, que espaciándose, repitióse al cabo de unos instantes...

Diego Lucientes inclinóse, besó por última vez la tersa frente ya insensible, y fue a abrir la puerta, pero saliendo al exterior. La cerró a sus espaldas.

Maître Honoré Fripon, notario de Angulema y administrador de Civry, era hombre ducho y experto en adivinar las psicologías carentes de normalidad.

—Por el mucho aprecio que en poco tiempo supo ganarse la castellana de Civry, señor Lucientes, no consideréis convencional mi expresión de sincera condolencia.

—Como notario, a vos os incumben misiones que para mí serían dolorosas. Creedme un egoísta, pero quiero ahorrarme fúnebres ceremonias a las que sería mi deber moral dar acto de presencia. Tampoco sabría consolar a mi hija, ni explicarle por qué su madre nos abandonó. Quizá haya en ello cobardía, señor notario, Os hablo así como no lo haría más que ante otro hombre, mi amigo el capitán Lezama, porque Rosa os apreciaba mucho, y en este trance he comprobado que tuvisteis humanidad y buen corazón.

—¿Por qué os tildáis de cobarde?

—Me juzgo responsable de la muerte de mi esposa.

—No os dejéis disminuir por esta impresión, señor Lucientes.

—Vino el debilitamiento que la ha conducido ni sepulcro, por la infinita melancolía que de ella se apoderó al creerme muerto, y

mantenerla yo en este terror. Ya desde entonces la pena minó su delicada constitución. Y desde entonces loa médicos predijeron, por una vez acertadamente que cualquier impresión podría ocasionarle el fallecimiento.

—Pero... por lo que me contó vuestro guardabosque, fue el corsario nantés quien...

—Él no fue más que la gota de veneno que colmó el cáliz que yo llené. El hecho que yo a hura dedique mi existencia a perseguirle a él y darle muerte, no me exculpa. No puedo rebelarme contra el destino que quiere que yo haga sufrir a aquellos que me quieren. Pero dejo de lloriquear sobre mi triste condición, señor notario, y ya que habéis tenido la amabilidad de venir, pasemos a hablar de asuntos que os atañen.

Diego Lucientes habla duramente, sin aparente emotividad. Pero supo el notario comprender muy bien, que no era por ausencia de sentimientos, sino por especial idiosincrasia, que el rostro del español no demostraba el punzante dolor que atenazaba su alma.

—Vos os encargaréis de dar la mejor de las sepulturas en el cementerio de Angulema a la que fue mi esposa.

—Contad con ello.

—No puedo llevarme conmigo a mi hija.

—Podría quedarse en el colegio de la abadía. Recibiría una esmerada educación, y yo mismo la atendería. Para que no se sintiera sola, todos los domingos en mi casa hallaría calor de hogar. Yo sabré hacer que ella vea en mí no a un extraño, sino a un familiar, si me toleráis la libertad. Le cogí mucho cariño a la niña por su espontaneidad e inteligente riqueza de sentimientos.

—Gracias; señor notario. Administrad los bienes de Civry, en forma que no faltándole a ella nada en su infancia y adolescencia, llegue a su mayoría rica y con una educación que yo nunca habría podido darle.

Mientras hablaba, no podía Lucientes darse cuenta de la cohibida, expresión que invadía los rasgos bonachones del notario.

Prosiguió, entrecerrados los párpados:

—Posiblemente desapareceré pronto, señor notario, y nunca tendrá ella que avergonzarse de haberme tenido por padre. Es más, os ruego que si lo podéis, conquistéis su cariño... Que vea en vos al padre digno que se merece porque es niña buena y no puede pagar

las culpas de un errante loco irresponsable… La venta del bergantín, consideradla dote, al igual que el castillo, y los restantes bienes son más que suficientes para que hasta «u mayoría pueda Gaby vivir lujosa y sin carecer de nada.

—¿Y vos, señor Lucientes?

—Nada necesito. Tengo una espada y sabré morir con las botas puestas. Pero si presumo de valor de saber morir, carezco de toda valentía cuando se trata de explicar a una niña, que debe maldecirme porque yo fui el causante de la muerte de su madre.

—¡No digáis tal! En nada sois responsable…

—Os agradezco vuestra buena voluntad, Maître. ¿Vinisteis para decirme algo en particular?

—Sí. Desde ayer debía decíroslo. Pero cuando supe que vuestra esposa estaba gravemente alicaída y se temía un fatal desenlace, pospuse a hoy el anunciaros suceso de índole tan molesta, que dentro del dolor que me ha causado la muerte de la señora, celebro que al menos muriera ignorante de lo que voy a deciros, porque es mi obligación.

—Hablad sin ambages, mi buen señor. Nada puede ya afectarme…

—Me temo que sí.

—¿Algún percance a la niña?

—No, no. Tal como quedamos, la llevé a mi casa, para evitarle la pena de presenciar la definitiva partida de la que tanto amaba, Gaby sigue bien, y alegra mi vieja casona de solterón.

—Entonces, nada, hay que pueda alterar ni afectar mi espíritu.

—Han impugnado vuestros derechos a la herencia que recibisteis de vuestra primera esposa, Gabrielle de Civry-y el notario, como el nadador que se decide a zambullirse de una vez, habló acentuando su rápida exposición de los hechos con aportaciones claras —: El castillo, el bergantín, las rentas y todo el patrimonio que yo administraba como albacea, han sido impugnados con documento cuya fuerza notarial es legalmente incontestable. Dos notarios de París se han hecho ya cargo de todo en representación de los legítimos herederos. He tenido que entregar cuantos documentos obraban en mi poder, y lamento comunicaros que si me he rendido sin lucha ante la evidencia es porque he considerado que en el pleito no teníamos siquiera la

esperanza de ser escuchados al incoar recurso contrario. Suzanne Lahaye, hija natural del vizconde de Civry, es irrevocablemente la heredera.

—Por tanto, soy un desheredado, ¿no es así?

—Sin la menor duda, señor Lucientes. Os hablo así, claro y tajante, porque sois hombre cuyo desinterés y poco amor a los bienes de fortuna he podido, apreciar.

—Creed que por mí me tiene sin cuidado. Pero... —y la voz de Lucientes adquirió una rudeza aun más vibrante-si es preciso robar lo haré. Si es preciso matar a la hija natural del vizconde de Civry, no sentiré el menor escrúpulo. ¿Os escandalizo?

—No, porque sé que pensáis' en Gabrielle. Pero, creedme, aceptad este postrer golpe del infortunio sin desesperación. Yo os juro que a Gaby nada le ha de faltar. La educaré como a mi propia hija.

—¿Y creéis que lo iba yo a consentir? Lo podía cuando la creía a ella rica y al amparo de toda parquedad. Ahora es distinto...

—Meditad en lo que hagáis señor Lucientes. Yo puedo educarla como nadie en Angulema. No os robaría su cariño, porque cuando de tos me hablara le diría que por vuestra calidad de hombre de mar tuvisteis que salir a navegar... Mantendré en ella la esperanza de vuestro retorno... Y si morís, al menos que os quepa el consuelo de saber que ella nunca se avergonzará de llevar el nombre de Lucientes. Soy viejo, señor Lucientes; permitidme que os aconseje. Cualquier acción fraudulenta que cometierais en Civry repercutiría en vuestra hija... Si humilla vuestro amor propio dejar sin bienes de fortuna a vuestra hija a mi cuidado, es que no me habéis comprendido. Yo no recojo a una huérfana. Quiero que en mi casa, donde ella hallará toda comodidad, y donde vivirá como la hija que no tengo, tenga yo la satisfacción de saber que no soy un egoísta indigno. Y cuando cierre los ojos para siempre me marcharé contento a rendir cuentas, porque habré dejado en la tierra una mujercita feliz...

En silencio, Diego Lucientes abrazó al anciano, cuyas antiparras, a efecto de la emoción, bailoteaban al extremo de su larga nariz.

—Volveré, señor notario. Las riquezas que traiga no sé dónde las obtendré, pero quiero que para mi hija no exista nunca la fealdad de la miseria.

—Tengo bienes suficientes, señor Lucientes, para que ella siempre viva al amparo de toda necesidad. Pero volved siempre que queráis, porque en ella mantendré vivo el deseo de abrazaros. Marchad libre de preocupaciones, señor Lucientes.

—Soy un miserable... porque acepto.

—No. Miserable seríais si obligarais a que ella os siguiera en vuestra aventurera existencia.

—Cuyo primer acto será dar muerto ni corsario Leguy.

—Se os anticiparon, señor Lucientes, el corsario nantés... —y no he de ser yo quien le llore— ha sido hallado muerto esta mañana por los "chevaux-légers" del comandante Lenoble.

—¿Lo mató la marquesa de Corbigny?

—Oh, no. Fue el que abusando de vuestra amistad os veló su verdadera identidad.

—¿A quién os referí»?

—Al que vos creísteis un caballero español en viaje y era en realidad un bandolero del mar apodado el Pirata Negro.

—Contadme lo que ocurrió.

—Pese a la guardia mantenida por los soldados de Lenoble, el pirata, que debe poseer una agilidad milagrosa, saltó de árbol en árbol, y a favor de las tinieblas de la noche, entró en el castillo. Batióse a espada con el corsario en la sala de los suplicios, y el nantés quedó clavado al retroceder ante el empuje arrollador de la espada del pirata. Quedó clavado en tabla erizada de púas de acero.

—¿Y el pirata?

—Logró huir. Fue inútilmente perseguido.

—Lo celebro por los soldados que le perseguían.

—Indudablemente el pirata español es un luchador de primera clase, porque Antoine Legay era una espada invencible.

—De vos a mí, señor notario. Yo sabía quién era desde hace muchos años el capitán Lezama. Si enarboló pabellón pirata, fue por independencia de carácter indomable. Pero sabed una cosa: cuando me enroló, era yo un borrachín que iba rodando por la pendiente de la degeneración. Hubiera llegado a lo peor de no mediar la influencia benéfica del capitán Carlos Lezama. Si lo mucho de villano que tengo fue matizándose de caballerosidad, a Carlos Lezama se lo debo. Y por villano os digo que no hay en el mundo hidalgo más digno de tal calificación que el que injustamente es

perseguido por pirata.

—Barruntaba algo de todo eso, señor Lucientes-dijo el notario, secándose ahora los lentes —. Y entre nosotros os diré que puesto que ante un notario tenéis el valor de defender a un pirata es porque éste es, tal como afirmáis, un caballero que eligió senderos poco acordes con la ley, pero sin reproche.

—Voy en pos de él, mi buen señor. Soy un desheredado, y al igual como él renunció a titulo, porque le pertenece ser conde de Ferblanc...

—¿Conde de Ferblanc? Un patrimonio limpio de bienes... Es lástima. Es tan sólo un título nobilísimo.

—Y como él renunció a ese título, yo cambio muy a gusto mi herencia por la nueva fortuna que con el tiempo sabré labrarlo a mi hija. Y si fracaso en mi empeño, creedme, señor notario: en mi último suspiro irán mezclados los nombres do mi hija y el de que como vos, supo sacrificar su cómoda soltería para darle a ella bienestar.

Volvió Lucientes a abrazar al anciano, y a pasos rápidos abandonó el rellano.

Poco después alejábase a todo galope por la ruta de Burdeos.

CAPITULO II

La fortuna de Bruno Bronzo, ”El Taciturno"’

Carlos Lezama presenciaba la actividad con la que, los tripulantes, del “Aquilón” iban dando los últimos toques a la arboladura y el velamen del barco, que debía zarpar al día siguiente rumbo al Caribe.

Apoyando ambas manos en el reborde del castillete —de proa, aspiraba la brisa salobre que libremente impregnaba la atmósfera, porque las islas Bécassine, a dos millas del puerto de Burdeos, eran apenas islotes salinos sin olor a tierra, dada su escasa altura que en días de tormenta casi era sobrepasada por la agitada mar!

Reciente aún el recuerdo de una noche de cuervos en que la excitación de crueles momentos había alterado la tranquila existencia de una mujer, Carlos Lezama había ya tomado la firme decisión de olvidar por completo lo que ocurrió 'entre los muros del castillo de Corbigny.

Sólo quería pensar en el próximo futuro en que de nuevo el pabellón del “Aguilucho” volviera a flamear airoso e invencible entre las naves del Caribe.

Al mediodía, cuando terminado el almuerzo, todos los tripulantes menos el vigía de cofa y los centinelas de proa y popa, dormían la reparadora siesta, Carlos Lezama, en la sala capitana, oyó las pintorescas explicaciones de “Cien Chirlos” referentes a su adquisición de provisiones en la ciudad.

—...y todos los mismos, señor, aquí, allá y más acullá. Reato de mercaderes bebesangres, pero yo les hice comprender que para robarme aún era pronto. Que aguardasen a que viniera otro tipejo menos baqueteado que yo, señor.

—Estás muy charlatán, guapetón. Rebosas de contento.

—Es que... estás con nosotros, señor.

—Y tú conmigo, excelencia. Llama al andaluz y dile que traiga su guitarra.

Poco después, “Piernas Largas”, abrazado como saltamontes a una caña, templaba su guitarra, y en sordina, con voz bien timbrada, cantaba coplas a medida que le daba la “entrada” el Pirata Negro, canturreando las primeras palabras...

“Cien Chirlos”, apoyado en el quicio y cruzados los brazos, sonreía beatíficamente, con lo que su rostro adquiriría una expresión horrenda, al abultarse más aún los mal corcusidos costurones que poblaban su piel hirsuta.

Cuando en el umbral de la sala capitana quedó Diego Lucientes enmarcado e inmóvil, parpadeó el Pirata Negro, que atajó con un ademán el movimiento con el que “Piernas Largas”, dejando de rasguear su guitarra, iba a ponerse en pie.

—Quedaos como estáis los dos. Cuando el señor Lucientes me recibe en su castillo, le acompaña su familia. Vosotros dos sois mis familiares. Justo es que recibáis conmigo al último a quien pensaba ver a mi bordo.

El madrileño, habitualmente sonriente, no tenía ahora alegría en la faz cuando vino a detenerse al otro lado de la mesa en que se sentaba el Pirata Negro.

—Cuanto he de decirte, señor, pueden muy bien oírlo esos dos hombres. Pido plaza a tu bordo.

—No la hay, señor Lucientes. Tenga ya dos lugartenientes.

—Puedo ser un tripulante más, señor.

—Tienes hogar en tierra.

—Murió Rosa.

El Pirata Negro abandonó Su erguida postura reprobatoria.

—Siéntate, señor Lucientes. ¿Pueden mis lugartenientes seguir escuchándote?

—Sí, porque tu confianza tienen, y amigos quiero que sean. Murió Rosa éste amanecer.

—¿Tu hija?

—El notario de Angulema se hizo cargo de ella. La cuidará como un padre.

—Es deber tuyo. ,

—Soy un desheredado, señor.

Y Diego Lucientes expuso cuanto había conversado con Maître Honoré Fripon.

—No puede esto quedar así, “Medio-Brazo”. Donde hoy llevas hierro, hubo un día carne que diste por la salvación del “Aquilón”, que sin ti se habría hundido. No puedo consentir que tu hija quede a la merced de un notario que por más buen hombro que sea, y de cuya honorabilidad no sospecho, no es el que ha de pagar la manutención y el crecimiento de la hija de Diego Lucientes.

—Por eso vine a solicitar plaza a tu bordo, señor. En el Caribe hallaré fortuna.

—O muerte.

—Pero ella estará en Angulema mejor que conmigo, señor.

—En eso no hay discusión. Pero atiende, estudiante. Tú eres de mi temple y no vamos a hablar de tristezas. Ciñámonos a las realidades. El “Aquilón” ha de zarpar rumbo al Caribe libre de toda carga de nostalgia o remordimiento. Hago mía la suerte de tu hija. Y no quiero ni puedo consentir que tu hija quede al amparo de la generosidad del notario de Angulema. ¡Maldigo mi imprevisión!

—¿Por qué señor?

—Debería tener mis cofres llenos para un caso como éste, “Medio-Brazo”. Pero tiempo ha en que no desvalijamos cofres de otros piratas.

—En mares antillanos abordaremos navío de ladrones, señor.

—Y robándoles las calas tendremos cien años de perdón. Pero no puedo darlo a tan largo plazo, estudiante. Hemos de pensar en remedio más tempranero. Quiero zarpar dejando colmada de fortuna a tu hija. ¡Capricho que no quiero me discutas!

—Pero contra la vacuidad de tus cofres, señor, nada podemos...

—¡Calla, señor Lucientes! Yo soy quien lleva el timón. Vender mi velero no puedo, porque no me pertenece Ha tiempo que lo doné a tercias partes a esos dos valientes. ¿No es tuya la tercera parte del “Aquilón”, chiclanero?

‘‘Piernas Largas”, abrazado a su muda guitarra, púsose en pie.

—Máteme un rayo, señor, si te contesto que sí... o mátame a botazos. Pero el “Aquilón” es tuyo... ¡y malos dengues me coman si nunca me atreviera yo a creerme otra cosa que tu lugarteniente!

—¿Y tú qué dices, guapetón?

“Cien Chiflos” arrugó varías veces la frente, y por fin estalló:

—¡Destripado me quede si añado o quito letra a las que el chiclanero ha dicho muy majo! ¡Señor! ¡El “Aquilón” no tiene más que un dueño y deslomo a quien otra cosa diga!

Sonrió a su pesar el Pirata Negro.

—Los años te van haciendo atrevido, guapetón del demonio. ¿Conque me quieres deslomar, no? Debo creerlo así, ya que yo he sido quien ha dicho que el “Aquilón” tiene varios dueños... Tu opinión, Lucientes. ¿Debe venderse el velero?

—Si tal hicieras, señor, yo mismo le prendería fuego antes que a otras manos pasara. No quería venir, señor. Sabía que tú... Siempre he de torcer tus planes...

—No seas imbécil, estudiante. Me habrías ofendido si en un caso como éste hubieras hecho cosa distinta a. la que has hecho. Con tu hija no podías quedarte. Y enrolarte en otro barco era afrenta que nunca te hubiera perdonado. ¡Daría un brazo para que en éstos instantes mi cofre contuviera un centenar de miles de luises!

De pronto, “Piernas Largas” emitió un rugido ahogado... El Pirata Negro le miró de soslayo, y le vio que clavaba la mirada en el centro de la anatomía de “Cien Chirlos”, quien, desasosegado, llevóse la diestra peluda al costado del pantalón.

—Tate... ¿Qué misterios de carantoñas veo? ¿Qué tienen las calzas do “Cien Chirlos” para que en ellas hinques tus pitañosos espejuelos? ¡Contesta, chiclanero, que te estoy hablando!

—Es que tengo... pánico, señor —tembló el andaluz.

—¿De qué y de quién?

—De ti, señor.

El Pirata Negro incorporóse a medias y volvió a sentarse.

—Iba a por ti, “Piernas Largas”, decidido a sacudirte porque el memento no está para misterios. Veamos, guapetón: ¿sabes lo que le ocurre a tu sombra?

“Cien Chirlos” continuaba con la diestra aferrada a la tela de su pantalón de recio tejido. Sus ojos miraban temerosamente a en jefe.

—Si hablo, señor, aparte que soy torpe de lengua, te vas a enfadar.

Dio el Pirata Negro un puñetazo en la mesa.

—¡Huelo látigo! Primer aviso, “Piernas Largas”. Si no reina claridad, van a reinar espaldas al aire y zumbidos de correa. ¡Habla!

—Yo... voy a hacerlo, señor... —dijo contrito el andaluz. Tenía

todo el aspecto de un reo convicto y confeso que va a explicar su crimen—. ¿Es mucho dinero trescientos cincuenta mil ducados de oro italianos?

Carlos Lezama silbó tenuemente...

—¿Trescientos cincuenta mil ducados italianos de oro? Es fortuna con la que pueden comprarse el bergantín del señor Lucientes, el castillo de Civry, y asegurar la vida de un recién nacido hasta sus cien años, envuelto en lujos.

—¡Los tiene "Cien Chirlos", señor! —aulló alegremente el andaluz—. Habla tú, "Cien Chirlos". Que éste ha sido el mes que a ti te tocaba llevar la fortuna de Bruno Bronzo, "El Taciturno".

El Pirata Negro, al oír mencionar el nombre y el apodo del corso, miró extrañado el rostro de su lugarteniente favorito.

—Habla sin temor, guapetón. Pero pronto...

—Fue... fue allá en las arenas del desierto de los bereberes, señor. Cuando tú nos dejaste en un oasis para ir a rescatar a una dama italiana. Pero... mejor sabe explicarse el chiclanero, señor. Dale a él la palabra.

Al gesto imperativo e impaciente de Carlos Lezama, habló "Piernas Largas", evocando magistralmente lo que años antes sucedió

EVOCACIÓN DEL "OASIS FORTALEZA"

Trasladamos al lector al margen de esta acción llevándolo al decorado de caldeadas arenas del Dahar argelino, donde los noventa piratas del "Aquilón" agrúpanse en el oasis donde han sido conducidos por la virgen del aduar y en el que han resistido el ataqué de los beduinos de Dragut.

Cumpliendo las instrucciones recibidas por el Pirata Negro, sus dos lugartenientes habían renovado el doble cordón protector con nuevos barriles de metralla, ocupando los hoyos, que no tuvieron necesidad de excavar, ya que las primeras explosiones que habían sembrado la muerte entre los beduinos crearon lugares apropiados para enterrar a flor de suelo las cargas explosivas.

Cuando terminó el enlace de mechas y en los hoyos del interior del oasis quedaron varios piratas de centinela, junto al extremo de las mechas, "Cien Chirlos" y "Piernas Largas", ambos separados del resto de los piratas, dedicáronse a masticar lúgubremente sus escasas raciones de tasajo y los más abundosos dátiles del oasis, que

deglutían a fuerza de apurar agua que, generosa, brotaba del manantial.

—"Él" se ha ido... —empezó a decir "Cien Chirlos, deseoso de hallar consuelo en la fácil parla del andaluz de largas piernas esqueléticas y ancho tórax atlético.

—"Él" volverá pronto, carota fea. ¡Digo! ¡Ni "na" ni "na"! ¿Desiertos y ensabanados a "él"? Si dudas de que "él" pueda ganar en esta empresa es que eres un hombre de poca fe, carota.

—Yo... ¡yo lo que digo es que tú hablas demasiado! —masculló Torvamente "Cien Chirlos", arrugando las múltiples cicatrices de su horrendo rostro en esfuerzo pensativo—. Lo qué me ocurre es que cuando se va... pues me quedo solo, y tengo ganas de matarme con mi sombra.

—Te comprendo —admitió sinceramente el andaluz—. Porque a mí me ocurre otro tanto. ¿Qué pasa?

Su pregunta iba dirigida a un pirata que acababa de aproximarse.

—Algunos que me mandan para saber qué es lo que aquí hacemos, "Piernas Largas" —dijo el aludido—. Tú eres el jefe de mi grupo, y nosotros queremos saber si vamos a estar mucho tiempo aquí perdidos en este condenado desierto donde todo es arena y donde sólo se puede beber agua y empastarse la boca con esos dátiles del infierno.

"Piernas Largas" levantóse cuan largo era, distendiendo los dos brazos a la vez y asiendo por el coleto al demandante-embajador.

Lo zarandeó brutalmente, aplicándole sendos rodillazos en el estómago.

—Con que preguntitas, ¿eh?.. —iba diciendo a medida que lo sacudía—. Y "comencipios" de rebelión, ¿no?.. ¡Aquí estaremos sesenta y cuatro años si es preciso! ¡Porque así lo manda nuestro jefe!

Dio un empellón al zarandeado, lanzándolo contra el suelo, y avanzó, seguido por "Cien Chirlos", que a la hora de hablar cedía siempre la palabra al andaluz.

Pero hizo lo mismo que Curro Montoya: desenlazar el largo látigo que sólo eran tres a portar: el propio Pirata Negro, "Piernas Largas" y "Cien Chirlos", como símbolos de su mando.

—¡Hatajo de borricos! —gritó "Piernas Largas", muy hecho al

estilo oratorio del Pirata Negro— ¿Os impresiona esta sábana de arenas tendida a nuestro alrededor? ¿Os gustaría más un panorama de olas salpicando la madera flotante del velero? ¡A mí también! Pero nuestro jefe ya os lo advirtió antes de poneros en marcha. Y ahora, ¡a aguantarse! Perros que sois, hambrientos y sedientos de borracheras.

Y el andaluz inconscientemente se pasó la lengua por los labios con nostalgia de vino, antes de proseguir:

—¿Qué creéis que hacemos aquí? Estar tranquilamente en una fortaleza, mientras nuestro jefe sigue la pista del gran tesoro. ¿Creéis, acaso, que "él" sé ha ido a pasear? Me dais asco. Nos dais asco a "Cien Chirlos" y a mí. Sentimos pena de ver lo blandengues que sois... ¿Qué quieres tú decir, "Carne Cruda"? —rezongó torvamente el andaluz al ver avanzar con la mano levantada a uno de los piratas, de rojiza complexión robusta.

—Ése es de mi grupo-advirtió esperanzado "Cien Chirlos", agitando su látigo —. ¿Qué vas a rebuznar, borricón?

—Ninguno de nosotros protesta, "Cien Chirlos" —dijo precipitadamente el interpelado—. Todos estamos muy conformes con cuanto nuestro jefe disponga. Pero es... ¡que queremos pelear! ¡Nos aburre y nos mata el estar mano sobre mano!

—¿Con quién vamos a pelear, so borrico? —vociferó "Cien Chirlos"—. Tiempo habrá... pero ¡ahora, aguantarse! Tenemos agua, comida, y este oasis es una fortaleza. Estamos aguardando orden de marcha, y habrá próxima pelea. Mientras, al que rechiste ¡le parto los hocicos! ¿Quién quiere hablar?

Aguardó unos instantes "Cien Chirlos", pero todos los piratas permanecieron en silencio, y los dos lugartenientes apartáronse con cierta desilusión.

—Les atosiga tanto silencio de arenas-reconoció "Piernas Largas".

—Están mal acostumbrados te la mar y el viento mojado-acotó "Cien Chirlos" —. También, aunque así no fuera, aunque no nos rodeara tanto desierto, ellos están inquietos cuando "él" no está. Por eso les perdono y no la he emprendido a latigazos con sus carroñas...

—Deberíamos hacerles trabajar... —sugirió "Piernas Largas"—. ¿Qué te parece un redondel de fosos tramperos, carota fea? ¿No dijo

“él” que debíamos convertir esto en una fortaleza?

—Cierto. Trabajando pasará más aprisa el tiempo.

Los que trabajaron fueron los noventa tripulantes del “Aquilón”, dirigidos sin contemplaciones por los dos lugartenientes. Excavaban junto al perímetro del oasis y después del segundo círculo de hoyos conteniendo las cargas explosivas.

Lograron prontamente formar una honda zanja circular, que cubrieron engañosamente con largas ramas de palma que fueron desgajando de las abundantes palmeras, cuyos racimos de dátiles fueron amontonando en el centro del oasis.

Terminada la labor, contempló el andaluz, complacido, el resultado de su idea.

—Le gustará a “él” cuando regrese —comentó.

—Sí... Pero, ¡imbécil que eres! —exclamó de pronto “Cien Chirlos”—. Nadie entrará sin caer en los fosos; pero, ¿y cómo salimos nosotros?

—Te ahogarías en un vaso de agua —dijo despreciativamente el andaluz, aunque dedicábase, mientras, a pensar rápidamente en la solución del problema— Cuando tengamos que salir... pues unos se dejan resbalar al fondo de los fosos y formando torre humana de tres, uno encima de otro, van pasando a tierra firme al otro lado. ¡No! Alisaremos varios troncos y serán pasarelas, Cosa de niños.

Fueron derribadas las tres palmeras más altas, que poco después entraban en función, cuando a lo lejos divisó “Cien Chirlos?’ las dos siluetas que a lomos de un “mehari” iban acercándose.

Primero creyó en el regreso del Pirata Negro y Bahía, pero decepcionado, comprobó que se trataba, del coreo Bruno Bronzo y una desconocida de rostro velado, vestida a la usanza árabe y de inmensos y maravillosos ojos negros.

—Es “El Taciturno” —dijo “Piernas Largas”, mientras aguardaba al otro extremo del improvisado puente tendido por encima de los fosos tramperos.

El corso y Julia de Groschetti atravesaron el puente, y él tendió al andaluz el mensaje escrito por el Pirata Negro, que en voz alta deletreó "Piernas Largas” para que fuese oído por todos los piratas.

> “Curro Montoya: Darás diez hombres de escolta a Bruno Bronzo para que le acompañen a él y a su

prometida hasta la costa. Yo estaré ausente por unos días. Seguid manteniendo inviolable el recinto de mi oasis.

”Si mi ausencia se prolongase más de un mes, regresad al “Aquilón”, que será vuestro.

”Carlos Lezama.”

El andaluz dobló el escrito y se encaró con los restantes aventureros.

—Ya habéis oído. Diez hombres para escoltar al caballero y a su prometida hasta la costa. Formad entre hileras y cuando estéis alineados, a una voz de vuestro segundo “Cien Chirlos” dad un paso al frente los que queráis volver a la costa.

A la voz do “Cien Chiflos”, los noventa aventurero» dieron todos un paso al frente.

“Piernas Largas” hizo una mueca zorruna que equivalía a una sonrisa, y “Cien Chirlos” arrugó el semblante espantosamente.

—¡A suertes! —ordenó “Cien Chirlos”—. Tú, “Carne Cruda”, porque sabes orientarle, irás al frente de los nueve borricos que tienen prisa por perder de vista el desierto. Los elegirás con tus dados. El número tres.

“Carne Cruda” fue arrojando un dado delante de los pies de cada uno, y cuando rodaba el número tres, inmovilizándose delante de alguno, éste se apartaba, visiblemente alborozado.

Quedó prontamente formada la escolta y “Piernas Largas” se acercó al corso que, sosteniendo por el tallo a Julia de Groschetti, ostentaba en su habitualmente trágico semblante, una expresión de inusitado contento.

—Ahí tienes la escolta, señor Bruno Bronzo. Puedes partir cuando quieras. Que la suerte te acompañe.

—Gracias, amigo. Pero antes quiero entregarte algo-y el corso, hurgando en su ferro de casaca, arrancó un trozo de tejido, extrayendo un documento de grueso pergamino, repleto de firmas y sellos.

Lo tendió al andaluz, que dio vueltas al papel, extrañado.

—Eso, ¿qué es?

—El documento de pago por el cual un banquero romano pagará al portador la suma de trescientos cincuenta mil ducados de oro.

—¡Cáspita! —exclamó el andaluz—. ¿Dónde reside este

banquero, y para qué me das esta tentación?

—El banquero reside en la Vía Tríllento, en la capital romana, y este dinero es mi fortuna, que prometí entregar a quien rescatase a Julia de Groschetti. Sin la ayuda que de tu jefe recibí, nunca habría logrado mi redención y el amor de la que me acompaña.

—¿Por qué no le entregaste este documento que tanto oro vale a nuestro jefe?

—Porque conozco su carácter y no lo habría admitido.

—Entonces, yo... no puedo admitirlo, porque “él” me cascaría las muelas.

—Guárdalo. Algún día tu jefe puede hallarse en situación en que —este documento le saque de mal paso... Adiós, amigos. Os recordaré siempre con afectó, porque nunca conocí hombres más valientes que vosotros.

“Piernas Largas” saludó profundamente a la mujer que, acompañada por Bruno Bronzo, se alejó entre los diez piratas montados a caballo y provistos de provisiones.

Desaparecieron las siluetas de la pequeña caravana en el horizonte de arenas.

“Piernas Largas” manoseó dubitativamente el documento, observado ceñudamente por “Cien Chirlos”.

—Todos tenían ganas de largarse, ¿te diste cuenta, carota?

—De lo que me doy cuenta es de que has cogido un papel que no debiste agarrar.

—Seamos sensatos, compadre. Este hombre se hubiera ofendido si yo no le admito el obsequio. ¿Oíste el número? Trescientos cincuenta mil ducados de oro. ¡Que me aspen si esto no es un tesoro!

—“Él” no quiere pago.

—Atiende, compadre. El corso habló palabras que me convencieron. Dijo que algún día nuestro jefe puede verse en un mal paso... Este dinero puede salvarlo. No lo tocaremos. Hagamos un juramento. Esta fortuna será incobrable mientras un peligro de muerte no ronde a nuestro jefe, y si es otro peligro del cual el oro puede salvarle, entonces sacaremos a relucir estos ducados, cobrándoselos al banquero romano de la Via Tridento... Tan sólo con esta idea cogí el documento. ¿Para qué quiero yo oro mientras siga estando a las órdenes do nuestro jefe?

—Puesto así, ya es otra cosa-admitió “Cien Chirlos” —. Pero si lo callamos, ¿no será engañarle a “él”?

—No, “home”; no seas “buscarrazones”, que discutes más que un juez.

—¿Yo, un juez? Cuidado con lo que dices, que no acepto insultos.

—Fue una comparación que se me acudió de pronto, carota. Retiro lo dicho. Tú vas a coserte este papel en el forro de tu pantalón, y verás cómo algún día me abrazarás por haber yo aceptado el documento de manos del “Taciturno”.

—¿Por qué he de ser yo quien me cosa este papel en la ropa?

—Porque tú eres el hombre de más confianza de nuestro jefe. Pero, en fin, no peleemos por esto. Iremos a medias. Durante un mes lo llevarás tú, otro mes yo, y así por años y años, y si alguno de los dos se muere antes que el otro, pues... se queda con el documento para hacerlo servir en caso de ’que nuestro jefe lo necesite.

—Bueno.

“Cien Chirlos”, con ayuda de un cuchillo y bramante, fue cosiendo tosca pero sólidamente un bolsillo secreto en el interior de su pantalón, tras envolver el documento en lona embreada que le evitara mojaduras...

CAPÍTULO III

Ruta de bandidos

Al terminar "Piernas Largas" de evocar lo sucedido en el Dahar, tanto él como "Cien Chirlos" aguardaron anhelosos y con recelo la reacción del Pirata Negro.

Cerraron los ojos cuando en sus respectivas aberturas de camisa sintieron la zarpa que aprisionando la recia tela zarandeaba a sus dueños.

—¿Reservones y guardasecretillos, eh, bribones majaderos?

Los dos lugartenientes esperaban de un instante a otro oír el ruido con el cual sus dos frentes chocarían la una contra la otra. Abrieron los ojos al oír la suave risa que "in crescendo" fue brotando de la garganta del Pirata Negro.

—¡Par de angelitos! —y terminando de reír les soltó el Pirata Negro—. Por una vez os juro que en lugar de carne os veo alitas en los hombros. ¡Trae acá, guapetón! Que vea yo este pergamino famoso y tan llovido del cuerno de diosa Fortuna, aunque se oculte en tus mugrientas calzas.

Con tanta premura quiso "Cien Chirlos" extraerlo, que rasgó la parte superior de su pantalón, y al final, triunfalmente, entregó la bolsa de lona embreada.

El Pirata Negro, tras leer el contenido del documento, volvió a sentarse y, sonriente, miró a Diego Lucientes.

—Estos mastuerzos han salvado la situación, "Medio-Brazo". Es cartat.de pago al portador, y lleva cuantas contraseñas son precisas. Bruno Bronzo murió degollado por los alfanjes bereberes. Por tanto, tu hija ya no estará a expensas de un generoso solterón. ¡Será rica! Y toda la vida de una niña bien vale que perdamos dos meses de la nuestra. El camino a Roma no puede ser más que uno. Por tierra y

cruzando los Alpes. Con el velero tardaríamos mucho, ya que deberíamos contornear el litoral francés, el español y el portugués, internarnos luego en el Mediterráneo, y exponer nos a que nos hundieran en puertos italianos. Iremos, pues, a caballo, y sin peligro, porque si bien el sur de Francia y los Alpes, así.como la comarca de Lombardía, y el Milanesado abundan en bandidos, ¡voto al diablo! que huirán todos, si piensan oponerse a cuatro bandidos que van en ruta de buena acción, como la es dotar a la hija de Diego Lucientes. He dicho cuatro. Tú, señor Lucientes, yo, y esos dos buenos mozos. Es lo menos que se merecen, ya que ellos han sido quienes han aportado el pergamino.



...con el velero tardaríamos mucho...

Miró a los dos lugartenientes, que demostraban en los visajes la satisfacción que les embargaba.

—Un viaje por tierra y en ruta de bandidos es cosa de tu agrado, ¿no, guapetón?

—Me colma de gozo, señor. Y tú necesitas un escudero en tierra.

—Un segundo en armas, dirás. En cuanto a ti, chiclanero, ya una vez fuiste segundo a bordo del señor Lucientes. Lo serás ahora en tierra. Y cuando regresemos, Vosotros dos en persona entregaréis a la niña los bolsones conteniendo la fortuna que habéis guardado

para ella. Pensé primero en dejar el documento a tus manos estudiante. Pero es ruta de bandidos, a los que enseñanzas les daremos si se tercia. Ansío verme ya bogando por otros mares, pero no podría irme tranquilo sin saber a cubierto de toda necesidad a tu hija. Y aquí en estas islas, mi "Aquilón" está al amparo de todo peligro. ¿A quién sugieres le deje el mando, guapetón, mientras dure nuestra ausencia?

—Tirabeques, señor. Muerde como un jabato, y le respetan.

—¿Y tú a quién eliges, chiclanero?

—También a Tirabeques, señor. Es listo, y sabe imponerse.

—Bien. Id le a buscar y preparadlo. Después le ultimaré yo, al igual que a los otros. Serán para ellos dos meses de reposo, y no en derroche de energías, que quiero reserven por entero para futuras expediciones muy distintas a las que hasta ahora nos han ocupado.

Al ausentarse los dos lugartenientes, fue Lezama en busca de un voluminoso legajo, que extendió encima de la mesa. Con el índice iba señalando lo que citaba:

—Refresquemos nuestras lecturas, Diego Lucientes. Partiendo de Burdeos, tomaremos la recta que ya declinando hacia la ciudad lionesa. Desde ella llegaremos a las alturas alpinas de Saboya, que ya en descenso nos conducirán al valle del Ródano. Podemos ahorrarnos el molesto viaje por llanuras de malaria, tomando pasaje en puerto de Marsella a la capital romana. ¿Estás de acuerdo?

—Por completo, señor. Lo que lamento es que de nuevo yo he causado una alteración en tus proyectos.

—¿Tú? No, estudiante. Por ti no iría yo no ya a Roma, sino a la vuelta de la esquina. Si voy a Italia es por la muñeca, ¿estamos?

—Estamos.

Y ahora fue cuando desde su entrada en la sala capitana, una sonrisa asomó en los labios del madrileño. No tan sólo por la generosa facilidad con la que el Pirata Negro quitaba importancia a sus acciones, sino también por la viril sensación, que sólo él sabía dar, de que en la vida no existían pesares ni pasados, sino únicamente los momentos presentes.

—¿Tenemos bolsa, señor, para mercar caballos y pasajes? Yo no tengo un maravedí encima.

—Tampoco yo. Pero, ¿no te dije que seguíamos ruta de bandidos?

—Lo interpreté como significación de que los caminos por los que nos dirigiríamos a la ciudad romana estaban plagados de bandidos.

—Eso es. Los que hallan cómoda profesión en desvalijar al caminante, y que si nos los tropezamos procuraremos demostrarles que de vez en cuando conviene que las presuntas liebres sean cazadoras. Y sería útil moraleja seguir la ruta con caballos de refresco que ellos mismos nos proporcionarían, de buen o mal grado... Hola, Tirabeques. Ven acá, belitre.

El interpelado, que acababa de aparecer en el umbral, más que acompañado, custodiado por “Piernas Largas” y “Cien Chirlos”, avanzó gorro en mano.

Era alto, musculoso y la ancha barba entrecana, uniéndose con sus untuosos cabellos, dábale un semblante de abundante vellosidad. Sus ojos obscuros eran inteligentes y francos.

Vino a cuadrarse ante la mesa, a un paso junto a Lucientes, y dando frente al Pirata Negro.

—Tú eres de mis antiguos, Tirabeques. ¿Dónde te enrolé?

—En Panamá, señor. Vine a la par de tus segundos.

—Pocos quedamos de los de entonces. ¿Cuántos?;

—De los de “abajo”, Contándome a mí, ocho, señor. Los otros fueron alistados en sucesivas levas voluntarias.

—Los cuatro de “arriba” que aquí estamos, nos disponemos a dar un viaje. El “Aquilón” queda a seguro aquí. Es mar libre, donde ningún barco ataca. Fácil es, pues, la tarea que te encomiendo. Tomarás el mando mientras dure mi ausencia. ¿Cómo piensas meter en cintura a mi gente?

—Solo no lo lograré, señor. Pero al anticiparme “Cien Chirlos” lo que de mí esperas, he pensado qué con la ayuda de los otros siete antiguos, lo podré conseguir.

—¿Cómo?

—Dividiré en escuadras a los “jóvenes”, señor. Al frente de cada una delegaré autoridad y látigo a uno de los “antiguos” los cuales me responderán de los que bajo su tutela estén. Y así, con una escuadra en tierra por día todos estarán tranquilos por las noches. \

—Vales, Tirabeques. Hasta hoy te apreciaba como uno le los primeros en acudir donde había que abrir brecha. Veo que también tienes talento. Vete a hablarles, y diles que yo delego en tu látigo

mi autoridad. Que mis dos segundos den fuerza a tus palabras de toma de posesión.

Instantes después, salía Lezama del interior de su camarote, de donde acababa de elegir dos espadas, cuyas cazoletas tenían incrustadas múltiples y variadas gemas.,

—Caballos —dijo lacónicamente, mientras señalaba las dos hojas toledanas de recio acero flexible.

—Son las dos mejores espadas de tus panoplias, señor-manifestó Lucientes.

—En mis manos cualquier espada es buena y mejor a las demás. Considero inútil la falsa modestia, ¿no te parece?

—Quieres con ello quitar valor a tu sacrificio...

—No lo hay. Y de una vez por todas recuerda que cuanto hago es por una chiquilla, para que ella tenga una vida feliz.

En cubierta tendió Lezama las dos espadas de rica empuñadura a “Cien Chirlos”, e instantes después los cuatro entraban en la lancha que a fuerza de remos les condujo hasta una de las escaleras del puerto de la ciudad de Burdeos.

Ya en lo alto del muelle, Carlos Lezama dio a Lucientes la carta de pago, de nuevo cosida en el interior de un pedazo de lona embreada, recién cortada, para sustituir a la mugrienta donde hasta entonces había estado oculta la fortuna del corso Bruno Bronzo.

—Tú la llevarás encima, estudiante. Si por el camino sufriéramos ataque que nos complicase momentáneamente el paso, tú huirás a uña de caballo, y seguirás hasta Vía Tridente en Roma, donde nos aguardarás.

—¿Cómo voy a consentir que...

—Consintiendo. No rechistes, señor Lucientes. No emprendemos la ruta de Italia para lucir nuestras respectivas hombradas, sino para asegurarle a la más linda de las muñecas, dote copiosa y vitalicia.

Tres pasos atrás de los dos, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, luciendo sus mejores ropas, y ostentando al costado el pesado sable marinero, husmeaban el aire con retadora expresión alegre.

Y a tres pasos de distancia, echaron a andar tras el Pirata Negro y Diego Lucientes, sintiéndose muy orgullosos de ser “segundos en tierra”.

—Comprende que el hecho de que pudieras caer en lucha con

nosotros sería de consecuencias lamentables para Gabrielle. Ella no tiene ya a nadie más que al notario de Angulema. Es, pues, tu obligación a la que el aire huela a pólvora, largarte galopando vía Roma. Ya sabremos nosotros impedir que te persigan, cubriendo tu retirada.

—Tú hablas italiano, señor yo no. Mejor sería, pues, que tú llevaras el documento, y...

—Viniste a enrolarte de oficial en el "Aquilón", ¡maldito seas! No te escudes en tú desconocimiento de la lengua italiana. Bien sabes que allá España ha dominado por muchos años y escasos son los italianos que ignoran tal idioma. Y, además ¡mal rayo te parta! ¿Quién es el padre de Gabrielle? Tú, ¿verdad? Chitón y punto en boca. ¡Trae acá las espadas, guapetón!

Con ellas bajo el brazo, entró Lezama acompañado de Lucientes en el interior de un tenducho, donde colgaban del techo arreos y ropas.

En el umbral, "Cien Chirlos" y "Piernas Largas" ocuparon cada uno posición a un lado y otro de la puerta.

Tras la larga tabla que servía de mostrador, un encorvado y enclenque sujeto, de rala barba y puntiaguda calva, saludó con cierto recelo a sus dos visitantes.

—Vestidos, armas, municiones, y cuanto deseen sus señorías-expresó frotándose maquinalmente las manos.

Por el atuendo de sus presuntos clientes, olfateaba buena venta.

El Pirata Negro mostró las dos cazoletas de espada que asomaban bajo su sobaco.

—Tú eres también tasador, según reza la pancarta encima de tu puerta, ¿no es así?

—Sí, ¡señoría.

—¿En cuánto tasas esas piedras de colores? —y el Pirata Negro colocó sobre el mostrador las dos armas.

—¿Es para venderlas? —preguntó el tasador, sopesando con delicadeza una de las espadas, gemela a la otra.

—Si tu tasación me conviene, quizá.

—Cien luises de oro, contantes y sonantes —dijo apresuradamente el mercader, dejando de nuevo la espada valorada, como si ya no le interesase.

El Pirata Negro contempló de reojo a Lucientes.

—¿Te das cuenta? Ya empieza a hacer su aparición el primer bandido. Sólo que ese, en vez de trabuco, emplea balanza y lengua. Atiende, mercachifle. Los cien luises son por las hojas, ¿no? Puro acero toledano, y en toda Francia no hay espadas de eso temple, porque no hay agua del Tajo.

—Daré destientos luises por ambas espadas, señoría. Más no puedo, que soy pobre.

—Ni eres ama de casa comprando hortalizas, ni soy hortelano de Babieca. Por tanto, no regatees. Sabes que son esmeraldas caribenses, perlas robadas a tiburones, y oro del mejor, que las Españas sacan de los veneros americanos. Y en cuanto al acero con su emblema, es material tan preciado por los nobles franceses, que cualquier gran señor de París, por cada espada te pagará lo que pidas. Dame quinientos luises, como tú dices, contantes y sonantes, y trato hecho. No finjas pobreza ni seas poco conocedor de temples humanos. Si vuelvo a colocar esos aceros bajo mi brazo, ni aún dándome el doble de lo que ahora exijo, te quedarás con esta mercancía, que lo es desde que tocó tu mostrador, porque antes eran armas de lujo en panoplia de pobre.

Volvió el tasador a coger una de las espadas. Con un grueso lente examinó las piedras; después dobló los aceros y también examinó a través del lente, los emblemas y filigranas.

Suspiró hondamente, tendiendo las dos manos hacia adelante:

—Me arruináis, señoría. Pero en fin...

—Habla menos y actúa más. Trae una bolsa con doscientos luises. Otras tres de cien cada una. Presto, que ya ardo en deseos de salir al aire libre.

Cogiendo las dos espadas, fuese el tasador hasta una puerta trasera que abrió. Poco después, salía con cuatro "bolsas que colocó delante de él, encima del mostrador.

—Contad, señoría, si hay en cada una la cantidad pedida.

—¡Ven acá, guapetón! —llamó el Pirata Negro.

“Cien Chirlos”, a la señal de su jefe, demostró su destreza y práctica en contar. Volcó una por una las bolsas, con rápido ademán, y amontonando en grupos las monedas, fue contando. De vez en vez, mordía alguna de las piezas cuyo amarillo le inspiraba sospechas...

Aunque el mercader había colocado la cantidad exacta, no le

tranquilizaban las miradas que de rato en rato le asestaba el escrupuloso contador.

El Pirata Negro y Lucientes estaban ya en el exterior, donde poco después reuníaseles “Cien Chirlos”.

—Cabales, señor. Ni una más ni una menos.

—Guarda una de cien para ti, y dale otra a “Piernas Largas”. Trae las otras dos.

Tendió el Pirata Negro la de cien luises a Lucientes y quedóse con la mayor que introdujo bajo su capa, colgándola anudada del cinto.

—Para cuatro caballos ligeros de los mejores de los picaderos, bastarán doscientos luises. Hay un chalán provenzal que posee yeguada magnífica.

Obscurecía, cuando cuatro jinetes tomaban el camino exterior de la populosa ciudad, que conducía hacia Troyes.

Obedecieron la orden de marcha impuesta por el Pirata Negro, que iba en cabeza, tras él iba Diego Lucientes, y a retaguardia trotaban juntos los dos potros de finos remos y sólida encoladura, montados por “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, que, viendo flamear la capa de su semidiós, figurábanse al inicio de un corto viaje placentero.

No podían prever que el viaje a tierra italiana, iba a constituir una verdadera odisea, de epopéyica envergadura…

CAPITULO IV

Sin contratiempos

La variada división del suelo francés fue desfilando ante los cuatro jinetes, que descansaban, en breves etapas cenando en posadas y permaneciendo en ellas hasta el canto del gallo.

Turnábanse en la media guardia nocturna, “Piernas Largas” y “Cien Chirlos”, ya que muchos de los mesones solitarios, en páramos junto a las rutas, no tenían aspecto tranquilizador.

Al árido centro galo, sucedió las verdeantes y húmedas praderas saboyanas, cuyas estribaciones montañosas abundaban en paradores, donde la cremosa leche, el blanco pan en hogazas y la jugosa carne, hablaban de tierras de pasto.

Pero era también la zona donde pululaban los bandoleros de caminos. Sin embargo, divisóse el puerto de Marsella, al final del ancho estuario del Ródano, sin que hubiese habido el menor contratiempo.

Alguna que otra vez, al recodo de un camino o sendero, vióse a lo lejos la silueta de jinetes al acecho. Quizá por estimar que la intentona de atacar a cuatro jinetes bien armados, y sin equipajes, no valiera la pena el posible riesgo, el caso es que los cuatro viajeros llegaron al muelle pescador de Marsella, sin haber empleado una sola vez sus armas.

Remendando una red, un viejo pescador, efectuaba los manejos automáticamente, perdida la mirada en nostálgica contemplación del anchuroso mar azul que extendíase ante su vista.

Ladeó la cabeza al ver que un jinete, apeándose, entregaba las riendas a un pelirrojo que siguió montado, y se acercaba a él.

Pululaba el muelle de movimiento. Cargas y descargas de las bañistas con la plateada cosecha de escamas cubriendo sabrosas

carnes... Voceríos de los compradores rebatiendo las ofertas de vendedores...

Un salado aroma esparcíase por doquier. Y la tierra de Provenza, aún en aquel noviembre mediado, tenía tibiezas soleadas...

—Buenos días, abuelo —saludó el Pirata Negro.

—Buenos los tengas, forastero-replicó el pescador continuando en su enhebrar de hilos y bramantes.

—Tú acertaste, abuelo, al decir que soy forastero. Necesito seguir viaje por mar, hacia Roma. ¿Puedes informarme qué barco se apresta a zarpar hacia la costa romana?

—El tres palos de Mezzuan, el piloto convertido de Argel, hace este viaje, pero salió anteayer.

—¿Otro?

—No lo hay. Sólo barcos que hacen la ruta a Sicilia o a Nápoles.

—No quiero escatimar tiempo ni dinero. ¿Tú no sabes de un barco de buen pilotar, que me haga precio para mí y otros tres viajeros, llevando también cuatro caballos?

—Fletar barco para Roma es caro, forastero. Lo habría, quizá. Nuestros patrones no desdeñan las ganancias.

—¿Cuánto crees?

El viejo pescador miró a su alrededor y alzando una mano con la que se hizo portavoz, gritó:

—¡Eh! ¡Marius!

Desde lejos una voz contestó por entre un grupo de hombretones vestidos todos a la usanza pescadora provenzal:

—¿Qué, “grand-pére”?

—Ven acá.

Vestido, con largo pantalón flotante y bombacho, azul salpicado de salitrosas excrecencias, pies desnudos y fajado de ancha tela roja, con el tórax recubierto por camisa de rayas blancas y rojas, cubriendo sus aceitosos caballos largos en trenzas con un gorro rojo que arrugábase en múltiples pliegues cayéndole en la nuca y al lado del cuello sobre el hombro, acercóse el llamado Marius.

Su semblante oliváceo, de ojos rasgados y desconfiados, miró un instante al grupo de los tres jinetes detenidos, y al forastero en pie al lado del viejo pescador, que dijo:

—Pagan flete de barco a Roma. Cuatro pasajeros y sus caballos.

—¿Vos? —inquirió Marius—. ¿Cuánto?

—A ti te toca indicar precio, Marius. Tan sólo ida, desembarque y adiós.

—Viaje peligroso.

—¿Por?

—Incursiones por el golfo de bereberes. Y algún que otro pirata calabrés rondando ante la costa italiana. Además, el paso entre las dos islas del golfo, es peligroso.

—No pido peligros, sino precio.

—Mi barco es pequeño. Tiene sólo triple vela latina.

—¿Puede o no llegar a Roma?

—Puede, bien pagado.

—Dame tus condiciones.

—Cincuenta luises al zarpar, que guardará mi abuelo-y señaló el marsellés al pescador —. Otros cincuenta al llegar.

Tendió Lezama su bolsa.

—Cuenta cincuenta monedas y dáselas a tu abuelo.

Despaciosamente, y brillantes los ojos, fue el marsellés depositando en las ávidas manos en cuenca del viejo pescador, moneda por moneda hasta las cincuenta —.

Devolvió la bolsa y saludó profundamente.

—A tus órdenes, forastero. Aquel es mi barco.

Era una lancha pesquera, de sólida estructura, apta para la pesca de altura y con una cabina central.

—Salgo con veinte hombres al anochecido y muchas galernas he aguantado sin quebrar palo. Soy el mejor de los pilotos de Marsella.,

El viejo iba asintiendo a las palabras de su nieto.

—¿Cuándo quieres zarpar, forastero?

—En tu cáscara aguardamos. Si tardas demasiado, ven a buscar tu madero en aguas romanas.

El propio Marius fue colocando los cuatro brutos en la reducida cala, y trajo sendos haces de paja, y sacos de cebada. Quitó los herrajes y sillas, ayudado por “Cien Chirlos” y' “Piernas Largas”, y los cuatro caballos libres de trabas, tendiéronse en cómodos lechos.

En cubierta, el Pirata Negro y Diego Lucientes acomodáronse en la banqueta de proa.

Cuando “Cien Chirlos” y “Piernas Largas” hicieron lo mismo en banqueta de popa, Marius, con la ayuda de un muchacho de quince

años a lo sumo, fue desplegando la triple vela, levando ancla...

Giró lentamente la embarcación, y cobrando velocidad al socaire del sotavento, fue cabeceando alejándose del puerto marsellés.

En la cabina, el muchacho había almacenado provisiones que al filo del mediodía e invisibles ya las costas francesas, trajo en bandeja tosca de madera, colocándola en la banqueta entre el Pirata Negro y Diego Lucientes.

Por espacio de cuatro días con sus noches, Marius demostró ser un hábil marino, forzando y verificando todas las maniobras con pericia.

Agradeció la colaboración que espontáneamente Dio “Cien Chirlos” para distender sus músculos.

Rebufó el lugarteniente cuando el marsellés, en su parla, le manifestó su admiración por la fuerza y destreza del pirata.

—¿Qué rebuzna ese trenzudo? —masculló “Cien Chirlos”, tensando la vela.

—Debe decir que en barco ajeno y con pitanza pagada, más de agradecer es la ayuda, supongo. Habla muy mal el francés-aclaró el andaluz que no entendía una sola palabra del más puro de los franceses.

—No hay bandidos-comentó al cabo de un rato “Cien Chirlos”, con evidente pesar.

—¿No bastamos tú y yo?

—No somos bandidos de esos a que “él” se refiere. Desde el momento en que viajamos con “él” somos segundos en tierra...

—Tierra azul. Prefiero la verdosa del Caribe. Cuando hayamos visto al banquero ese y la chiquilla tenga ya la fortuna, entonces sí que me colgaré a las velas del “Aquilón” cantando como un poseído.

Por las noches, la paja donde los cuatro caballos dormían, era compartida por los dos lugartenientes.

En la cabina, y envueltos en sus capas, descansaban Lucientes y Lezama. Al quinto amanecer, Marius alborozado, vino a comunicar que la línea ocre que se divisaba en e1 horizonte, era el litoral romano.

Fueron apercibiéndose las siete colinas legendarias. Las siete cúpulas que, como telón de fondo, formaban retaguardia a la capital de los Césares.

Y cercano al lugar donde el Tiber arrojaba sus aguas mezclándolas con las del mar, se inmovilizó la lancha que había dejado patente sus cualidades marineras.

Las cuatro caballos conducidos por los dos lugartenientes, pisaron la sólida arena arcillosa, y tras entregarle las cincuenta monedas restantes, el Pirata Negro arrojó la bolsa ya vacía.

Entraron, después de atravesar un trecho de campiña de olivares, en la primera calle romana.

Había sido un viaje sin contratiempos…

CAPITULO V

Reggio Borghese

A] atardecer de aquel final de noviembre, la Vía Tridento, amplia y presentando en escalonadas terrazas, opulentas mansiones, tenía todo el aspecto de lo que era: la Calle principal dónde se alojaban las “quintas” de los conspicuos mercaderes romanos.

Frente a una de ellas, iban y venían carrozas descargando humanos contenidos, de suntuoso atavíos.

Reggio Borghese, el banquero romano, daba una de sus esplendorosas fiestas, con las que perseguía, además de saciar su afán de der llamado el generoso anfitrión, el fin comercial de ser considerado un banquero próspero, con ambiciones de ser elegido para Tesorero de la Marca Romana.

Pese a que el crepúsculo no había aún difuminado sus sombras con las de la noche, la “Quinta Borghese” estaba resplandeciente de luces.

Desde la planta baja hasta el tejado, las arañas, los muebles dorados y los mármoles resplandecían.

Todas las puertas estaban abiertas de par en par. Los candelabros de una galería de espejos, al mirarse en éstos, se devolvían a sí mismos sus luces. Millares de amorcillos, ninfas y pastores jugueteaban por los artesonados, enlazando el palacio entero en una inmensa guirnalda.

Los vastos salones tenían doseles de terciopelo salpicado de oro y grandes sillones de gala que abrían sus brazos junto a chimeneas de pórfido.

El ambiente tenía aromas dé molicie, mezclando perfumes de flores y mujeres.

En el vestíbulo primero, los invitados pasaban entre dos largas

filas de estradiotas griegos y lansquenetes suizos, en pie en sus sitios con pesadas alabardas.

Delante de ellos había pajes que llevaban librea de dos colores, adornadas con plumas de cisne. Una de las mitades de la librea era de terciopelo rosa; la otra dé raso blanco con el blasón de los Sforza-Visconti bordado sobre el pecho.

Reggio Borghese era descendiente, por enlace, de las familias Sforza y Visconti, y sus pajes eran su mayor orgullo, desde que, siendo el único descendiente en vida de ambas familias, tenían derecho al blasón.

Los pajes sostenían en la mano candelabros provistos de bujías de cera roja y amarilla. Cada vez que un invitado entraba en la sala de recepción lo anunciaba un heraldo.

Salas inmensas se abrían, deslumbradoras; la sala de “parquet” rojo con columnas blancas; la sala dorada, en que estaban representadas en tapices escenas de cacerías; la sala púrpura, cubierta de arriba abajo en este matiz, donde se engarzaban los marcos sosteniendo las efigies pintadas de los cardenales Sforza y Visconti…

En la sala negra, construida enteramente con mármol de este color, había frescos gigantescos.

La multitud engalanada zumbaba como un enjambre de abejas. Los vestidos se distinguían por lo vivo y la diversidad de los colores, y por una riqueza falta, con frecuencia, de gusto.

Las telas que llevaban las damas, dispuestas en pesados pliegues rígidos, no cedían bajo la profusión de oro y de piedras preciosas de que estaban cubiertas, y se parecían a las vestiduras eclesiásticas.

Estas telas eran tan sólidas, qua procedían de siglos antañones, transmitidas de bisabuelas a biznietas. Llevaban las damas los hombros y el picho muy escotados; los cabellos, aprisionados desde la frente en una redecilla de oro, iban trenzados, según la costumbre romana, en una trenza apretada como diadema en lo alto de la frente.

Abundaba en los rostros femeninos el albayalde y el colorete, y la moda exigía que las cejas estuvieran apenas señaladas. Las mujeres que las tenían tupidas las depilaban con pinzas de aceros especiales.

Pasarse sin colorete y blanco era considerado como una

inconveniencia. Empleaban las pellas de entonces perfumes intensos como el musgo, ámbar, verbena y polvos de Chipre, que muchas veces con su olor penetrante encubrían olores menos gratos.

Sonaron las trompetas de los heraldos anunciando que iba a empezar el festín ofrecido por Reggio Borghese, y los invitados se dirigieron hacia la gran sala del juego de pelota.



Desentonaba de los demás caballeros...

Bajo el techo azul en forma de bóveda y sembrado de estrellas doradas, ardían las bujías de cera. Tapices de seda, con guirnaldas de laurel, hiedra y enhebro, adornaban e1 suelo. En una terraza del jardín había una orquesta de cítaras, mandolinas y violines.

Cuando el gran mayordomo levantó su cetro la música empezó, y los invitados se sentaron a las mesas.

Reggio Borghese, vestido enteramente de terciopelo granate, empolvada la gran peluca blanca, afeitado por completo el rostro ancho y cordial, daba una impresión de sobriedad, ya que sólo

llevaba pendiente del cuello un collar de oro.

Desentonaba de los demás caballeros, amantes de joyas y perifollos abigarrados.

La amabilidad y cortesía de Reggio Borghese eran proverbiales, así también como su elegante manera de efectuar negocios. Era el noble descendiente de ricas y aristocráticas familias, que por capricho eligió ser banquero.

El boato de su “quinta” era su mejor demostración de que era un banquero afortunado. Y sus festines eran comentadísimos en toda Roma.

Le resultaron halagadores a Reggio Borghese los murmullos de admiración con que los invitados recibieron el primer plato.

Una enorme bandeja de plata en la que los cocineros habían representado a Andrómeda desnuda. El cuerpo de la heroína estaba compuesto de delicadas pechugas de capones. Aparecía atada a una roca de queso a la crema, y su libertador, Perseo, tallado en un asado de ternera, estaba a su lado.

Para las carnes todo el servicio se hacía en la vajilla de oro y rojo. Había panes y limones plateados para la ensalada, y dominando las lampreas y los salmones gigantescos apareció Anfitrite moldeada en pasta de anguilas. Estaba en pie en un carro nacarado, arrastrado por delfines de pasta de pescados variados, sobre un helado verde que debía figurar las olas del mar.

Sirviéronse después entremeses ingeniosos por su complicación inidentificable, monumentos de mazapán, nuez de cedro, almendras y azúcar quemado.

Duró dos horas el festín, y pasaron los invitados a la sala de baile. Comenzó el entretejer de los pasos de las danzas como “Venus y Júpiter", “Cupido”, “El Destino Cruel”, todas ellas impregnadas de lentitud, porque los trajes femeninos, con sus brocados y rigidez, no permitían movimientos rápidos.

Las damas y los caballeros se aproximaban y se alejaban con gravedad, cambiando graciosos saludos, suspiros profundos y sonrisas.

Las señoras hacían la rueda como los pavos reales, y la música era dulce, ligera y como desvanecida, llena de un encanto alado.

En un salón vecino, un ilustre poeta leía versos alabando al generoso anfitrión...

Todo el mundo se divertía, y la fiesta redundaba en mayor gloria del que ambicionaba ser el tesorero de la Marca Romana.

En el umbral que dividía el vestíbulo separándolo de la abierta sala de baile, un atezado individuo de fino bigote y sarcásticos ojos negros, apoyada la diestra en la cadera, contemplaba las evoluciones del baile.

Silbaba tenuemente, más que acompañando la música, en desahogo de irónica admiración.

A su lado, un pelirrojo y también alto sujeto le acompañaba en el tenue silbido...

—Resurrección del Renacimiento —comentó Lucientes.

—Hice bien en dejar en el jardín a los dos buenos mozos. Hubiera sido tentarles en exceso.

El senescal anunciador aproximóse a los dos desconocidos que acababan de atravesar el vestíbulo, y estaban ahora detenidos en el umbral de la gran sala de baile.

—Pido audiencia para ser recibido por el banquero Borghese-dijo en español Lezama.

—Tened la merced de honrarme con vuestro título, excelencia... —pidió el anunciador, en español también, aunque con desinencias cantarinas.

—Capitán Lezama, acompañado de su primer oficial teniente Lucientes.

Marchóse el senescal, y el Pirata Negro le guiñó el ojo á su acompañante.

—Comprenderás, estudiante, que no era cosa de apabullarse y no darle títulos, ya que los pedía.

Regresó el senescal, que, inclinándose, pronunció la frase con esmero:

—Mi señor deplora que, por atender a sus invitados, no pueda recibirles ahora. Mañana a las diez, en su despacho, tendrá sumo honor en recibirles.

—Vuelve a tu señor, amigo, y dile que venimos de muy lejos. Que debemos partir al amanecer, porque para hombres de mar Roma es peligrosa con sus bellas damas y sus lujosas mesas.

—No podré insistir, excelencia.

—Inténtalo, amigo. De lo contrario, me obligarías a ir personalmente en busca de tu señor. No quiero quebrantar las

buenas costumbres sociales romanas...

—Si al menos, excelencia, quisierais decirme la razón...

—A ti, no. Que no vine del otro lado de la tierra para hablar contigo, aunque mucho me honre tu charla. Dile a tu señor que tengo para él una carta del caballero Bruno Bronco. Aquí aguardo.

Pasaron cinco minutos, y Reggio Borghese en persona se presentó. Do mediana estatura, recia complexión j rasgos faciales inteligentes, el romano posó sus ojos negros, alternativamente en los semblantes de los dos viajeros.

—Reggio Borghese-dijo con sencillez amable.

—Capitán Lezama y teniente Lucientes-replicó el Pirata Negro, a la vez que con un ademán señalaba al madrileño.

—Insiste mi senescal en que deseáis ser recibidos sin demora.

—Perdonad el apremio, pero el motivo es justificado. ¿Podéis perder unos minutos en lugar menos bullicioso?

—Si traéis noticias de mi buen amigo Bronzo, sois bien recibidos. Pasemos a la sala donde habitualmente por las mañanas recibo. Es excepción que hago en honor a la amistad que me une con Bronzo. No os ofenda —y miró amablemente al Pirata Negro y a su amigo-si os digo que los españoles no tienen gran acogida en Italia.

—Hay para todos los gustos, señor banquero. Italianos que bendicen el tiempo en que hubo españoles y otros que los maldicen Pero no os importunamos para discutir pareceres políticos.

El mismo paje que abrió una puerta la cerró cuando hubieron pasado los tres. Era una salita suntuosa, en que el menor detalle estaba estudiado para dar la impresión que causaba de lujo y sólida riqueza.

Sentóse tras la mesa Borghese, señalando dos sillones frente a él. Juntó las manos por las yemas de los dedos y, acodado en el negro mármol de la mesa, tendió un rostro expectante.

—Vos diréis, capitán Lezama.

—Tengo que remontarme a otros decorados, señor banquero. Forzad vuestra imaginación y tratad de evocar parajes desiertos, donde personalmente acompañé al caballero Bruno Bronco, a quien desembarqué en tierra bereber.

—Recuerdo el ansia que tenía por dirigirse a aquellas tierras —y era musical el acento con el que Reggio Borghese hablaba el

español.

—En busca de Julia de Groschetti.

—En efecto. Intenté disuadirle. No lo logré.

—Llegó a su propósito. Excusadme la jactancia, pero lo que hasta entonces nadie había conseguido, lo realicé. Penetrar en los dominios de los diablos argelinos y rescatar a Julia de Groschetti. La llevé hasta el oasis donde Bruno Bronzo, con escolta mía y de mis marinos, siguió camino. Como recompensa me dio este documento.

Y el Pirata Negro cogió de manos de Lucientes la tela embreada que rasgó por un lado, extrayendo el pergamino que presentó a Borghese.

Le echó el romano un simple vistazo, devolviéndolo.

—Lo reconozco como el legítimo, capitán Lezama. Bien: ¿cuál es, entonces, el motivo de vuestra visita?

—Trocar este pergamino por trescientos cincuenta mil ducados de oro, señor banquero.

—Os felicito. No ignoro que muchas debieron ser las dificultades que hallasteis en el cometido, pero la recompensa ha sido óptima. Este documento expresa que tanto en vida o muerte de mi amigo Bronzo, debo hacer efectiva esta cantidad al que presente lo que es carta de pago, que quedará en mi poder al yo entregaros la fortuna del caballero Bronzo. No obstante, me firmaréis, además, un recibo.

—Indudablemente.

—Esta cantidad está en fondo de reserva en mi casa de banca de Firenze, capitán Lezama.

—Tenemos cierta prisa, señor banquero. Nos excusaréis, pero la permanencia prolongada en Roma nos es imposible.

—Quería invitaros a que permanecierais unos días en Roma, hasta que uno de mis enviados regresara portando los trescientos cincuenta mil ducados que os pertenecen.

—¿Cuántos días?

—Siete u ocho. Comprended que, para tal cantidad, debo tomar todas, las precauciones. Una escolta, carroza protegida…

—Mucho tiempo.

—Podéis, si queréis, presentar este documento en mi casa de banca de Firenze. Os será entregada la cantidad.

—Lo preferiría así.

—Vos me hacéis un considerable favor con ello. Mi tiempo es oro, y así me lo ahorráis, evitándome el tener que organizar el viaje de esta cuantiosa cantidad. Bastará con que presentéis este documento.

Púsose en pie el banquero, como indicando que daba por terminada la audiencia.

—Si me aceptáis un consejo, capitán Lezama, proveeos de escolta. Los caminos italianos son peligrosos, y más aún pura españoles. Tened presente que Fra Diávolo anda entre Roma y Firenze.

—Agradezco vuestro consejo, señor banquero.

Reggio Borghese acompañó a los dos visitantes hasta el vestíbulo, y allí les despidió amablemente.

Después de verles ensillar acompañados de dos mal encarados individuos, regresó a las salas.

Continuaba siendo el perfecto anfitrión. Cuando quedó desierto su palacio, retiróse a su alcoba.

Media hora después, salía por la puerta principal, enmascarado con antifaz de largo encaje negro. El paje que le ayudó a ensillar, cuando le vio alejarse sonrió picarescamente...

Reggio Borghese se dirigía a una cita de amores, pensó, testigo otras noches de semejantes incursiones Solitarias y nocturnas del dueño de la “quinta Borghese”.

Pero el descendiente de los Sforza y Visconti no pensaba en amores camino de la colina donde Messer Spada tenía su guarida.

CAPITULO VI

Messer Spada y los suyos

En las laderas de la colina Alfieri alojábase un personaje ambiguo, antaño bandido perseguido, hoy malandrín protegido por influyentes personalidades romanas.

Esquelético y de elevada talla, la gran envergadura de sus sarmentosos brazos confería a Gonzio Spada una apariencia deforme, porque sus manos rozaban sus rodillas, por más envarado que mantuviera el cuerpo.

Su arma favorita era la daga hundida entre espaldas, cuando tenía por misión quitar de en medio a un galán imprudente o a un marido celoso.

Pero también era reputado por su maestría en el manejo del estoque, y la impetuosa y sanguinaria acometividad con que desbravaba sus instintos criminales, cuando atacaba con los suyos a un grupo de conspiradores molestos y que no podían ser juzgados por el bando contrario de conspiradores.

De unos y otros servicios sacaba Gonzio Spada buenos emolumentos, aunque se tasaba modestamente, ya que la abundancia de competidores le hacía ser precavido en su precio, y su demostrada discreción le iba formando una "clientela" selecta, que venía a encargarle los más dispares cometidos.

Seis antiguos forajidos salteadores de caminos formaban el núcleo principal y perenne de su cuadrilla, que con él se alojaba en la gruta de la colina Alfieri.

A la entrada de la cueva guarida, y bajo una antorcha que vertía luces de chisporroteantes centellas, el centinela de guardia limitóse a dar con el pomo de su daga un golpe en una escudilla de metal colgante del muro rocoso.

El jinete que acababa do subir por el sendero apeóse y tendió las riendas al centinela.

—Quiero ver a Messer Spada-dijo, a guisa de saludo, con voz que el largo antifaz velaba.

—Yo soy Spada.

Gonzio Spada, ceñidas las piernas y los pies en apretada malla que, rematada en cuero por las plantas de sus largos pies, iba remontándose muslos arriba, moldeándole enteramente hasta el cuello, resultó aun más flaco y siniestro bajo la llama roja de la antorcha que avivó el carmesí de la malla de tupidos arillos de acero que le revestían.

Según decían, cuando Messer Spada salía a expedición arriesgada, cuyo salario valiera el riesgo, no descuidaba precauciones, y a la cota de malla que llevaba adherida al mismo cuerpo añadía un casco ligero con estrecha rendija de visera, que, cubriendo su cabeza hasta reposar en sus hombros, le hacía por entero inasequible a cualquier herida de arma blanca, amortiguando considerablemente cualquier posible plomo de disparo.

Era lúgubre, mortecino y de seca tiesura cuando hablaba con iguales o gente humilde.

Pero al divisar el ropaje y los arreos del caballo del recién llegado, convirtióse en un zalamero esqueleto, flexible y abundoso en verborrea.

—Bienvenido, ilustrísimo señor... Pasad, pasad, y cien mil perdones os pido por la modestia de mi aposento...

Reggio Borghese entró y aceptó el escabel.que le presentaba Gonzio Spada, que quedó en pie ante el banquero, cuyo rostro continuó velado por el antifaz.

—¿Rapto, emboscada, vida o muerte, ilustrísimo? Sabéis, seguramente, que mi discreción y mi escasa ambición os han de ser de gran utilidad. Nunca fallé y os serviré mejor que nadie. No vayáis a ningún otro sitio, que aquí seréis complacido. Por vuestro atuendo y talla no os conozco. Tengo gran memoria y silencio para mis habituales señores.

—Por vez primera vengo a verte, Messer Spada. ¿Alguno de tus hombres sabe leer?

—Ninguno, ilustrísimo.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—Es lamentable, porque hubiera querido darte por escrito la descripción de cuatro personajes que me molestan e importunan.

—Decídmelo de viva voz, y dadme sus nombres. Bastará, ilustrísimo.

—Dos de ellos son españoles y presumo que también lo son los otros dos que les acompañan. Los que conozco son marinos. Uno de ellos se llama capitán Lezama, y el otro teniente Lucientes.

—¡Españoles! *¡Corpo di Baco, monsignore*! Va gustándome vuestra visita.

—Estarán camino de Firenze, o saldrán al amanecer: tomarán seguramente el camino normal de Viterbo y Siena, porque desconocerán los atajos y quebradas por donde puede acortarse.

—¿Sabéis dónde se alojan ahora, ilustrísimo? Faltan aún dos horas para la salida del sol,..

—No sé dónde se hospedan. Además, no quiero que en Roma les ocurra nada. Me visitaron esta noche.

—Bien, ilustrísimo. ¿Dónde deseáis les dé alcance?

—En cualquier punto a partir de Viterbo. Actúa como bandido de caminos. Asáltales y quítales un documento que en bolsa de lona lleva uno de ellos. Después... dales muerte. Toma ahora mil florines.

La bolsa que tendió Reggio Borghese pesaba mucho. Gonzio Spada sonrió y su delgada boca pareció cortar en dos su flaco rostro lúgubre.

—Seréis servido inmejorablemente, ilustrísimo. Dadme descripción de los cuatro enemigos de vuesa merced.

—Bastará con la de los dos principales. Los otros deben ser sus escuderos o segundos. Uno, el capitán Lezama, es alto, fuerte y de perfil de ave de presa. Hombre peligroso, Messer Spada.

—Dejará de serlo, ilustrísimo.

—El otro es de rojos cabellos, también alto y con manoplas azules. Visten elegantemente, aunque con trazas de no mudar frecuentemente. Montan caballos de cruce árabe y francés. Dos caballos bayos y otros dos negros con pintas blancas.

—¿Qué os debo traer, además del documento de la bolsa?

—Cuantos papeles tengan encima. Las ropas, caballos y demás, para ti. Pero necesito una prueba de que los cuatro han muerto.

—Siempre la doy, ilustrísimo. ¿Os bastan las cuatro cabezas de vuestros enemigos?

Estremecióse Reggio Borghese, poniéndose en pie y arropándose más apretadamente entre los pliegues de su capa.

—Sí. ¿Cuándo?

—Dadme tres días. A la cuarta soche, venid, y os mostraré las cuatro cabezas en saco.

—Te daré entonces cinco mil florines. Hasta la vista, Messer Spada.

—La Virgen y el Cielo protejan vuestra vida por años y años, ilustrísimo señor.

Ya en el exterior, y montado, Reggio Borghese acercóse llevando al paso su caballo.

—Por las trazas, son gene de brega y pelea. Messer Spada. Llevan pistolas, sables, espadas y dagas. No son caballeros, sino españoles de lucha.

—Por la generosidad en vuestro pago, ilustrísimo, añadiré a mis seis hombres los cuatro espadachines del recientemente fallecido Corsini. Estarán muy contentos de ganarse algo con que comer.

Volvió grupas Reggio Borghese y poco después descendía al trote el sendero.

Volcó Spada la bolsa en el suelo mire sus pies. El cantarino rumor de las monedas pareció tener la misma estruendosa sonoridad, que miles de clarines bélicos tocando a diana, porque pronto a su alrededor seis individuos congregáronse.

—Mil florines-dijo Gonzio Spada.

—Coger cien cada uno...

Como lobos hambrientos disputándose carnada.los seis bandidos arrodillados fueron mezclando sus manos en los gestos con que apartaban hacia sí un montón que contaban en gruñidos numéricos.

—¡Tú, Giovanni! Yete en busca de los cuatro míseros del fallecido Corsini, que en la gloria esté. Tráelos acá...

Quedaban en el suelo, iluminados por la antorcha, cuatrocientos florines, y seis hombres en pie tras Gonzio Spada, cuando llegó Giovanni acompañado de cuatro sujetos semejantes en su multicolor atuendo al restante de la cuadrilla.

—Coged cincuenta florines cada uno. Os doy trabajo.

Mezclando expresiones de gratitud y ronquidos de satisfacción,

los cuatro recién llegados imitaron por un momento a los que ya tenían en sus bolsas su parte.

—Ahora, escuchadme, hombres que fuisteis de mi malogrado y amado Corsini. Iréis en busca de vuestros caballos… ¡Robadlos, si no los tenéis! Dentro de media hora estáis aquí montados, y, entonces os diré lo que debéis hacer. ¡Partid! Al terminar la labor recibiréis cien florines cada uno.

Cuando se hubieron alejado corriendo los cuatro, Messer Spada sentóse bajo la antorcha. La pintura carmesí con que estaba embadurnada su cota de malla restallaba diabólicamente…

—Esos cuatro serán nuestra avanzadilla. Me temo que los cuatro que deben caer bajo nuestros puñales son presa difícil. Si esos hombres de mi bienamado Corsini cayeran al primer empuje, menos energías les quedarían a los cuatro que tenemos que matar. Si les vencen, los mataremos, porque no son dignos de ganarse ciento cincuenta florines cada uno, ya que no supieron velar por la existencia de mi adorado Corsini, el imprudente y temerario que buscó amores palaciegos y halló la muerte en pérfidos brazos femeninos, apuñalado por la espalda. Tenedlo presente. Dejaremos atacar a esos cuatro pordioseros. Si vencen sin que intervengamos, cuando nos traigan las cabezas les mataremos, repartiendo sus bolsas. Gran botín.

Hablaba manoteando y sus largos brazos describían sombras contra las lisas paredes de roca.

—Son cuatro españoles los que debemos decapitar. Cuatro guerreros do gran valor, según he sido informado. Lucharán como energúmenos. Disponeos, pues, a una cruenta batalla, de la que, vencedores, y aplastados los enemigos bajo el peso invencible de nuestras armas, obtendremos mil florines más a repartir. Id a preparar los caballos.

No habían transcurrido veinte minutos, cuando, montados ya Messer Spada y los suyos, ante la gruta, llegaron los cuatro hombres del difunto bandolero Corsini.

Uno de los caballos llevaba aún la manta que protegía su sueño en establo campesino.

Gonzio Spada, con el Casco apoyado en el muslo, miró fieramente a los que no pertenecían a su cuadrilla.

—Tendréis calidad de hombres a mi servicio, si lleváis a cabo

esta misión satisfactoriamente. Son cuatro españoles que van armados para asustar el propio miedo que sienten. No saben luchar y son cobardes. Pero toda precaución es poca. Los corderos desesperados pueden convertirse en valientes.

—¿Podremos dispararles?

—¡No! Nada de plomo ruidoso… Tenemos que andar la ruta de Roma a Florencia, y no quiero pelea con la gente de Fra Diavolo. Ahora, emprenderemos por los atajos el camino a Viterbo. Uno de vosotros, los míos, galopará hacia Florencia acompañado por otro, que al echar vista a los cuatro españoles vendrá a comunicárnoslo. El otro seguirá como la sombra al cuerpo a los viajeros. ¡Sus y a todo galope!

Maniobraron los hombres de Spada, para colocar frente a ellos a los del difunto Corsini.

Gonzio Spada, calándose el casco, quedó a retaguardia de la cuadrilla, que a todo galope internóse por los vericuetos de la campiña hacia el Norte.

A las ocho de la mañana terminó el incesante galopar a la salida del pueblo de Viterbo.

Reunió de nuevo Spada a su alrededor al escuadrón de bandoleros, y desde la cima del altozano, donde los olivos verdeaban, señaló a lo lejos la cinta polvorienta…

—Tú, Giovanni, toma la carretera y no te detengas hasta Firenze. Que te acompañe Lucio. Ya sabéis…

Empinóse de pronto sobre los estribos, extrañamente feudal su figura de casco metálico, donde la, estrecha rendija con visera angulosa no era más que una línea sombría.

Tensáronse los músculos a través de la malla carmesí…

—Salid al camino cuando mejor lo juzguéis, hombres de mi bienamado Corsini. Demostrad allí que sois dignos de pertenecer a mi cuadrilla.

Todos miraron hacia la carretera, a la salida del pueblo de Viterbo. Divisábanse cuatro jinetes que avanzaban al trote…

CAPÍTULO VII

La escaramuza...

Diego Lucientes, trotando bota contra bota del Pirata Negro, escuchaba atentamente las observaciones que sobre el paisaje hacía —su amigo.

—...débil, pastoso, fino como una pintura con mucha agua y poca sangre. Si ves árboles recios, engañan. Huecos son por dentro. Al igual que la fiereza y acritud exterior de muchos italianos denotan generalmente debilidad interior. Una máscara de la debilidad es muchas veces la "cara feroche". Pocos valientes hay que siempre exhiban violencias exterior-mente. Quien grita, increpa y se acalora, es muchas veces para darse ánimos. Dándome a elegir, más desconfiaría de un amable banquero como Reggio Borghese que de bandoleros chillones.

—¿Desconfías de Reggio Borghese?

—No. Por ahora, no.

—Se le ve rico a reventar, señor.

—Lo necesita para su chalaneo. Conocí ricachones en apariencia, que se veían obligados a dilapidar para cubrir las apariencias. Aunque no creo sea el caso de Reggio Borghese... Modera el paso, estudiante. Pon calmoso tu trotón.

Obedeció Lucientes sin preguntar.

—No mires hacia donde miro, estudiante...

Tres pasos atrás, también "Cien Chirlos" y "Piernas Largas" refrenaban sus monturas, dándoles, al parecer, como los que en cabeza iban, marcha lenta de reposo.

—Había allá en la cima de aquel terraplén de olivos grupo de más de diez jinetes. Cuatro tomaron sendero abajo por entre los olivares... Deberían ya haber salido al camino y no se les ve...

—¿Los famosos salteadores italianos? ¿Quizá Fra Diavolo, señor?

—Después te lo diré. Pero recuerda tu misión. Si hubiera ataque, partes como una exhalación por el flanco opuesto al que ataquen. Siguen en lo alto unos cuantos jinetes, pero los otros cuatro están detenidos allá a estribor. Ya sabes, pues, que tu camino es babor, y sin detenerte hasta Firenze, la Florencia donde la casa de banco Borghese nos servirá de punto de cita.

—Mi sitio sería...

—El que yo te designo, buen mozo.

Elevó la voz el Pirata Negro, sin volver la cabeza.

—Acercad más los pencos-y cuando los belfos de los dos caballos rozaron las grupas, añadió el Pirata Negro —: ojo y cautela, escuderos, que olfateo salteadores. Poca lana llevamos y quizá desistan. Pero por si los acasos, trasquilad sin contemplaciones si vienen a por nuestra lana.

Era campo abierto. La carretera trazaba una línea recta, entre anchos prados donde crecían libremente frutales, zarzas y olivos...

Ocupó el Pirata Negro el lado diestro de la carretera, y de pronto gritó: ¡A galope, presto!

Los cuatro encabritaron sus monturas y las lanzaron a todo tren. Clamores de rabia partieron de las gargantas de los cuatro apostados, que espolearon sus caballos tras los que acababan de pasar ante ellos como saetas.

Gonzio Spada y los suyos galopaban campo a través, lateralmente con los que por la carretera avanzaban.

Se detuvieron irrumpiendo en la carretera un centenar de metros ante Pirata Negro, que, en cabeza, Dio vuelta a las riendas.

—¡Hasta la vista, Lucientes! ¡En Firenze! ¡Ya!

Y con su última exclamación recorrió en sentido inverso el trecho que acababa de galopar, seguido por “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”.

Diego Lucientes internóse por el campo.

El choque fue inesperado. El primero de los perseguidores, espada en alto, no creía que el jinete que como una avalancha lanzó su caballo contra el suyo hiciera tal cosa.

Los dos pechos jadeantes de ambos Caballos restallaron uno contra el otro, mientras la espada del Pirata Negro cercenaba en limpio tajo la muñeca armada...

Colgante la mano, el bandido gimió antes de desplomarse. Ya “Cien Chirlos” chocaba su sable contra la espada del que más cerca tenía, y mientras el andaluz hundía el puñal en el cuello de otro, el Pirata Negro atravesaba el pecho del último jinete.

Todo transcurrió en segundos… Caía al suelo el adversario de “Cien Chirlos” hendido en dos el cráneo, cuando ya, a espaldas del Pirata Negro y sus lugartenientes, los cascos de los caballos de la cuadrilla de Gonzio Spada repicaban aceleradamente.

Messer Spada iba a retaguardia, en alto su larga espada, y gritando imprecaciones y blasfemias, destinadas a enardecer el furor combativo de los seis que distaban tan sólo veinte trancos de los tres que, dando, vuelta a sus monturas, abriéronse en abanico.

Quedó en el centro el Pirata Negro y, a varios metros por costado, sus dos lugartenientes.

Mantenían quietos sus caballos, ladeando sus cabezas y dirigiendo al frente las puntas de sus aceros.

Fue una división de fuerzas que contagió a los de la cuadrilla, que de dos en dos cargaron…

La hasta entonces silenciosa campiña poblóse de gritos, entrechocar de aceros y exclamaciones.

Gonzio Spada acudió hacia el centro en que acababa de caer uno de los suyos.

Desde el suelo, el recién caído desenfundó la pistola y agonizante presionó el gatillo. Pero la descarga destinada al vientre del caballo montado por su vencedor no llegó a su destino, porque, pisoteados sus brazos por los cascos, el plomo estruendosamente partió a ras de suelo.

Grupas entrechocando, flancos jadeantes resollando, aceros gimiendo y restallando… Era una confusa masa de encarnizada pelea. La espada del Pirata Negro vióse sola contra el largo acero de Spada, que, manejando hábilmente su dominio de la esgrima, gritaba amortiguado por su casco, invocando todo el repertorio de blasfemias…

De pronto, un puñal se quebró contra el pecho de Spada. La cota de malla había roto la hoja…

Sorprendido, el Pirata Negro retrocedió su espada. Por encima de su espalda silbó otro puñal, que con certera puntería hincóse en el espacio donde antes habíase quebrado la hoja del primero.

Gonzio Spada abrió los brazos y desplomóse desde la grupa al suelo. Miró el Pirata Negro a su alrededor.



—¡Lucientes!—llamó colérico.

"Cien Chirlos" y "Piernas Largas", desembarazados ya de sus enemigos, miráronse entre sí.

—¡Maldición para vosotros! ¿Quién arrojó los dos puñales? —gritó el Pirata Negro.

—Yo, no, señor-se excusó sudoroso "Piernas Largas".

—Tampoco yo, señor… —lamentoso "Cien Chirlos"—. Yo tumbé a este tipejo —y señaló hacia las patas de su caballo, que recuperaba su equilibrio después de repicar sobre el moribundo derrotado—. No lancé puñal, señor.

Miró a su alrededor el Pirata Negro, pero no divisó a nadie. La campiña desierta…

—¡Lucientes! —llamó, colérico.

Si el madrileño hubiese rondado, habríase presentado, pensó. ¿De dónde habrían partido los dos puñales tan certeros?

Miró el que por el mango sobresalía del corazón del portador del casco y la cota de malla carmesí.

Extraña escaramuza —comentó—. Algún agonizante que tenía cuenta de odio contra el del casco…

En un trecho de cincuenta metros desparramábanse los vencidos.

Faltaban dos que, a campo traviesa y a pie, huían...

Algunos caballos habían emprendido, al ser desmontados, un galope por entre la arboleda.

Y, de pronto, a la derecha y a la izquierda de la carretera, como si surgieran del suelo, brotaron hombres y hombres armados de mosquetones que encañonaban hacia los tres jinetes.

Una voz en melodioso vibrar advirtió:

—¡Quietud, hermanos míos!... ¡Un solo movimiento y esos pecadores dispararán!

CAPITULO VIII

Las "toperas" de Fra Diavolo

Fue una maniobra que, por lo inesperada, obligó a la inmovilidad al Pirata Negro, y su inmovilidad fue Imitada por sus dos lugartenientes.

Al igual que el silbido de los des puñales había extrañado a Carlos Lezama, ahora ver surgir del mismo suelo a tantos hombres, cuyos mosquetones apuntaban hacia el centro del camino, le hizo comprender que el combate último no era más que una ligera escaramuza.

Tocas probabilidades tenían de abrirse paso por la violencia, en un cuadro que prestamente se formó. Medio centenar de hombres con mosquetones que, después de brotar como por encanto de tierra, habían ya invadido la carretera, cortándola por delante por detrás a los tres jinetes.

—¡Brava cosa!

La exclamación melodiosa llamó la atención del Pirata Negro hacia el que, destacándose, avanzó por entro una de las compactas filas de asaltantes.

Era alto, corpulento, de cráneo tonsurado y larga barba negra rizosa. Unos ojos brillantes, pardos, sonrientes, miraron al Pirata Negro, deteniéndose cinco pasos delante del caballo en que se erguía Lezama.

—¡Brava cosa! —repitió el extraño sujeto.

Vestía un sayal pardo, anudado con cordezuela de nudos formados por bellotas. Le llegaba hasta los pies desnudos dentro de sandalias toscas.

—No te acerques demasiado, frailón falso-advirtió ceñudo el Pirata Negro —. Podrán tus hombres disparar, pero el primer plomo

dará más rizos a tu barba.

El tonsurado, hundidas las manos en las amplias mangas cruzadas ante el pecho, elevó los ojos hacia el cielo...

—Nunca han de cesar las violencias... Nunca...

Y había en su melódica voz graves registros de sincera condolencia. Pero ya no hablaba en italiano...

—Tú eres español, hermano mío —dijo, plantando de nuevo cara al Pirata Negro y abandonando su contemplación del cielo grisáceo.

—Lo soy, pero de hermano nada tengo contigo, compadre.

—Desmonta, hermano mío. Me complace charlar con bravos, y puedo humildemente lucir mis facilidades idiomáticas.

—Lúcelas a pie, que a caballo quiero oírlas.

—¿Recelas de mí?

—De los mosquetes de esa turba.

—Soy Angelo Buoncor, hermano mío.

—Aunque te llamaras Beato Pan, no por eso dejaría de haber cincuenta mozos con mosquetes.

El hombre vestido de fraile abrió los brazos, y, en cruz sus dos manos, señalaron a ambos costados de la carretera, mientras decía en italiano:

—Id al seno de la pecadora tierra, penitentes.

Comprendió ahora el Pirata Negro que los aparecidos repentinamente habían salido de hoyos perpendiculares de estrecha boca que de trecho en trecho abríanse al otro lado del terraplén que flanqueaba por ambos costados la carretera.

Quedaron tan sólo cinco hombres a un extremo y otros seis al otro de la carretera.

Avanzó dos pasos más el que decía llamarse Angelo Buoncore.

—¿Disminuyen tus, recelos, hermano mío?

—Menos fraternidad, Angelote. ¡Tú eres Fra Diavolo!

—Mi pecadora fama llegó allende las fronteras-dijo el célebre bandido, pestañeando —. Desmonta, español Hónrame con tu nombre.

—Lezama. Desmontaré si se hunden en sus toperas los otros que quedan con mosquetes.

—Hay arrogancia de mando soberbio en tu voz, hermanó Lezama. Esta carretera es mía.

—Yo pasaba tan sólo por ella. No pienso quedarme a disputarte esta posesión, Fra Diavolo.

—Te vi luchar. Irás al infierno porque siembras la muerte.

—Da la orden de que nos quedemos solos, y podremos charlar cuanto quieras.

Extendió do nuevo sus brazos en cruz el extravagante bandido florentino. La carretera quedó desierta, y “Cien Chirlos”, al igual que el andaluz, desmontó al ver que lo hacía su jefe.

—Nos acechan-dijo Fra Diavolo, señalando indolentemente la campiña. —Todos están en sus toperas... Eso es. Bien calificado. Toperas minando esta pecadora tierra. No pretendo ningún daño contra ti, español Lezama. No lo pretendas contra mí, porque morirías acribillado, como tus dos acompañantes. Quisiera que reinara siempre la concordia y la buena voluntad entre los inmundos habitantes de este suelo.

El Pirata Negro cruzóse de brazos, escupiendo.

—Vestir sayal de fraile es irreverencia que no tolero, Fra Diavolo. Seamos bandidos cara descubierta.

—¿Lo eres tú? —inquirió suavemente el florentino.

—Tu nombre es Angelo; el mío, Carlos. Tu apellido, Buoncore, y el mío, Lezama. Te apodan Fra Diavolo, y a miel Pirata Negro.

—Perdonadas nos sean todas nuestras culpas-dijo con unción el florentino.

—Me horripila tu manera de hablar, Angelo Buoncore. Tiene visos de sacrílega. Respeto pido para lo que ni tú ni nadie puede escarnecer. Escucha Fra Diavolo. Cuando veo niños arrodillados ante flores, no me río ni birlo de ellos. Tampoco me río ante ancianos que besan imágenes. ¿Sabes por qué? Envidio sus creencias. ¿Son ellos los que están en lo cierto? Ardua cuestión, que no pienso dilucidar en carretera de Florencia, ni en parte alguna. Pero si tú eres, un bandido, como yo lo soy, abandona tu forma de hablar. Dijiste que no quieres pelen. Yo, tampoco. Si antes maté, fue en defensa. Ahora no quiero pelear, porque sois muchos, y cuantos me llevase por delante no me consolarían para que me acompañaran para estercolar esos campos.

Fra Diavolo cruzóse también de brazos. Ambos estaban al margen de In carretera, distantes un metro.

“Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, expectantes, manteníanse

entre los tres caballos, que sujetaban por las riendas.

—Visto sayal porque peco continuamente, ya que por la violencia impongo mi ley. Una ley mía, pirata Lezama. Desvalijo al rico orgulloso y doy al pobre necesitado.

—¿Buscas clemencia? ¿Amparo a tu bandidaje?

—Eres hombre culto, español. Cuando navegas, ¿atacas barquichuelos de míseros pescadores honestos? Yo creo que no. Abordarás ricos galeones, porque, además del botín, obtendrás tranquilidad de espíritu.

—Abordo a quien me place, si por mi camino se interpone, o canalla le considero. Y no me paro a consideraciones de si su riqueza o su pobreza deben ser aquilatadas. Tiendo la mano n quien pide amparo, y la cierro en puño contra quien escupe en ella o denigra la raza humana. Pero no visto sayal ni invoco fraternidades. Soy un pirata, y mi castigo hallaré si hay una justicia por encima de nosotros. Otra ardua cuestión, Fra Diavolo. Te advierto que, al exponerte lodo esto, es porque me conozco en pelajes. Y tú me hueles a bribón forzoso. Casi un elogio.

—Que te doy gracias por ello, hermano Lezama. Invoco ahora la fraternidad de profesión. ¿Por qué te atacó Messer Spada?

—¿Quién es ése?

—El de la cota.

—No sé. Nada tuve contra él, ni sé quién es, hasta ahora que le contemplo cadáver.

—Le abrí el corazón porque es un traidor que pone su brazo al servicio de quien le paga. ¿Algún romano celoso? Eres hombre que debe tener buena acogida entre las casquivanas mujerzuelas... ¡que tanto me placen!

Y por vez primera rió en carcajada cordial el bandido florentino. Era una risa de sana exuberancia, que agitó sus amplios hombros.

Contemplóle Lezama con sonrisa levemente exasperada.

—Tu sayal y esa risa no concuerdan, Fra Diavolo.

—Me reconozco mísero pecador, y sinceramente acogeré de rodillas el rayo justiciero que me abata. Soy de carne y hueso... Muchas veces he intentado enclaustrarme... Pero mejor hago de buen bandido, que de mal fraile... ¿No conocías a Spada?

—No.

—Yo le tenía prometida muerte si aparecía por mis dominios...

Inesperadamente cambió de idioma y en italiano gritó:

—¡Limpia presta! ¡Acecho y preparados!

De los hoyos surgieron presurosos varios individuos... Quedó la carretera libre de cadáveres, que arrastrados eran llevados a los mismos hoyos por donde desaparecieron sus portadores.

Fra Diavolo señaló a lo lejos una nubecilla de polvo.

—Carroza. Las conozco casi todas. Veré de quién se trata. Tendrá paso libre sin pago si lleva personaje de mi agrado.

Hablaba de nuevo en español y con seguro orgullo. El Pirata Negro le observaba cuando añadió:

—Haz que, tus dos hombres se aparten, que no sean visibles para los que llegan. Soy un mísero pecador, pero no traiciono, pirata. Créeme. Ordénales que se oculten tras aquellos árboles. Dales también una sabia advertencia. Que no intenten marcharse, porque mientras yo no lo especifique así, mis satélites les vigilan desde sus toperas, y dispararían contra ellos.

—Contra mí, ¿quién dispararía si pretendiera irme sin tu autorización?

Y Fra Diavolo entreabrió el peto de su sayal, mostrando sonriente las dos pistolas, que se sostenían delante de las axilas por cordezuelas, y la correa que, cruzándole el amplio pecho, ostentaba, enfundados horizontalmente, varios puñales, semejantes a los dos que habíanse abierto paso hasta el corazón de Gonzio Spada.

Carlos Lezama arqueó las cejas, con ademán sardónico.

. —Me gustas más así, Angelo Buoncore, que cubriéndote por entero bajo e1 sayal. ¡Oíd, vosotros!— exclamó, mirando a sus dos lugartenientes —. Desapareced tras aquellos árboles hasta que cambie de idea. Que no seáis vistos por quien de la carretera proceda.

Obedecieron prestamente los dos piratas, que, llevando de las bridas a los tres caballos, fueron a ocultarse entre los árboles que crecían más allá del terraplén, donde Fra Diavolo volvió a ajustar el peto de su burdo tejido de gruesa urdimbre, introduciendo después sus manos en las amplias mangas.

El Pirata Negro, tras examinar la nubecilla polvorienta que aclaraba ya la línea de una carroza escoltada por tres jinetes, contempló con cierta dureza sin amenaza al bandido florentino.

—Tengo prisa por seguir mi viaje, bandolero.

—¿Dónde vas, pirata?

—A muchos sitios y a ninguna parte determinada.

—Es respuesta que me merezco. Pero no me prives tan pronto de tu compañía, Pocas son las ocasiones que tengo de tratar con caballeros bandidos de tu clase. La generalidad de los bribones de Italia me temen y no frecuentan mis parajes.

—Supongamos que me harte ya tu compañía, y quiera marcharme: ¿qué ocurriría? Te hago esa pregunta inocente porque alardeaste de no ser traidor.

—No lo soy. Cualquiera podría ya habértelo dicho.

—Llevo escasamente un día en tierra italiana. Pero los dos puñales que destinaste a Spada nada tenían de leales.

—Fue ya demasiado honor para él. Contestando a tu suposición, te haré saber que en un perímetro de varias leguas nadie sale sin mi permiso. Y los que no ves, tienen mirillas, por donde acechan. Mirillas ingeniosas, en troncos vaciados artificialmente. Sólo te dejarían libre de partir si yo les diera la orden que por ahora no pienso dar.

—Estás solo conmigo, Fra Diavolo. Podría fácilmente tumbarte de un pistoletazo.

—Al cual, en eco, replicarían varios, cortando tu hermosa vida.

—No impedirían tu muerte.

—Quien no se arriesga, no merece mandar en turba de bandoleros. Y yo soy el jefe cuadrillero más temido de toda Italia, porque aparezco solo y dictó mis órdenes. Cuando intentaron desobedecerlas, mis “toperas” infundieron un sano escarmiento.

—¿Para qué quieres retenerme aquí? No tengo un maravedí...

—No me ofendas, Lezama. Yo soy hermano lobo, que no muerde a sus semejantes.

—¿Por qué, pues, insistes en que permanezca aquí?

—¿Tienes barco?

—Tengo.

—Basta. Luego te explicaré. No te impacientes. La política florentina es lenta, sinuosa y certera.

—Tú no eres político. Eres un bandido rápido, leal y temerario.

—Piensa que si sigo campando por mis respetos, es porque cuento con apoyo de altas personalidades. Algunos no me respetaron, y mandaron batidas, perdieron sus hombres y su

poder... Luego continuaremos... Ahí llega la carroza...

El barbudo florentino concentró sus pupilas en la comitiva que iba acarrándose.

—*Madonna*! —exclamó alegremente.— ¡Es el magnífico Bernabei Simone!

Y mientras se exclamaba salió hasta el centro de la carretera... El Pirata Negro quedóse en el terraplén, cruzados los brazos...

Fingía indiferencia, pero había reconocido en el extravagante bandido un ser de inteligente bravura decidida. Examinando la campiña desierta, quedó tranquilizado porque no veía rastro de Diego Lucientes, que debía estar ya en camino hacia Florencia.

Pero no dudaba de la veracidad de lo afirmado por Angelo Buoncore. Las "toperas" rebosaban de hombres que formaban un ancho e invisible círculo alrededor de aquel paraje.

Fra Diavolo abrió los brazos en toda su extensión, luminosos los ojos y dilatada en ancha sonrisa la roja boca glotona que se entreveía por la rizosa barba, mostrando unos dientes de blancura agudizada. Boca de carnívoro sensual.,.

Los tres jinetes detuvieron sus caballos, a la vez, que una decena de metros distanciado de donde aguardaba el falso fraile también se detuvo la carroza.

De ella se apeó un sujeto rechoncho, vestido con ostentosa prodigalidad de lujosas sedas, brocados y joyas... Su espadín era un adorno, y su monumental peluca enmarcaba un rostro ovalado, astuto...

—*Buon giorno, buon giorno, mio caro*! —clamó, exultante, acelerando el paso para fundirse en estrecho abrazo con el bandido, que le palmeó rigorosamente los hombros.

El recién llegado miró recelosamente al desconocido que allá en el terraplén silbaba melodiosamente en sordina, como demostrando que nada de cuanto a su alrededor ocurría le importaba.

Angelo Buoncore apartóse del abrazo y denegó con 1a, cabeza:

—¡No, no! ¡Puedes hablar, Bernabei! No nos oye. Es un invitado mío.

—¿De tu confianza?

—No. Pero quiero convencerle de que, para salir en vida de aquí, tiene que serme de alguna utilidad. Es español.

—¡Ah! —masculló Bernabei Simona, Secretario General de la

República Toscana y el más prominente de los políticos del momento—. Voy a Firenze, Angelo. Es hora ya de que el vizconde Chateranton quede comprometido a lo que te expliqué. Confío en ti, Angelo. Sólo te conoce como Fra Diavolo, ¿no?

—Por dos veces aparecí ya ante él como otro curioso, que deseaba ver los antros de Fra Diavolo.

Rió Bernabei Simone, aplicando sus dos manos contra los antebrazos del fornido bandido.

—¿Te vio ya como Milord Pegrey?

—Aoh. Yes! —sonrió el florentino, y continuó en francés, que supo matizar adecuadamente con acento británico—. Y sabe que soy amante del juego. Todo saldrá como deseas, Bernabei.

—Hazlo lo mejor que sepas, porque de ello depende un gran triunfo para la patria toscana, en detrimento de esos malditos venecianos. Recuerda que el vizconde Chateranton, si bien es un alocado jovenzuelo, es caballero que a su palabra de honor concede toda la lealtad, rectitud y respeto...

—Que ni tú ni yo concedemos-terminó riendo el florentino —. Sigue tu camino, Bernabei, y este mismo anochecer el vizconde de Chateranton irá en compañía de Milord Pegrey por las obscuras calles de Firenze.

Volvieron a abrazarse con grandes muestras de mutua cordialidad, y con voz tonante pareció Angelo Buoncuore gritar a los árboles:

—¡Paso libre al excelentísimo señor!

Aguardó a que los tres jinetes y la carroza se alejaran. Por la ventanilla del espléndido carruaje veíase una mano regordeta agitarse en señal de amistosa despedida.

Fra Diavolo acercóse junto al Pirata Negro.

—¿Viste?

—Vi.

—¿Oíste?

—Bien sabes que a esta distancia era imposible. Además, no me interesan tus charlas con mequetrefes emperifollados como grandes señores

—Era Bernabei... Ah, perdón, tú no sabes quién es Bernabei. Es Secretario General de Estado de la República Toscana. Un gran patriota florentino.

—Política y bandidaje, por lo visto, son engranajes amigos por estos contornos.

—Exacto. Bernabei, sin mí, sería poca cosa, y yo sin él, tendría que estar siempre luchando... ¿Vienes conmigo?

—¿Dónde?

—A mi topera. Te gustará. Es solitaria. Comunica con las otras por conductos que sólo yo puedo andar libremente.

—Tengo prisa por continuar viaje.

—No puedes, hermano mío-dijo untuosamente el bandido —. Tienes un barco.

—¿Y qué?

—Puedo necesitarlo, tarde o temprano. Para una gran causa, donde hallarías honra y dinero.

—Honra no busco y dinero no quiero. Mi barco está lejos, Fra Diavolo. Está en mares franceses.

—¿Dónde te dirigías? Procura ser complaciente conmigo. Lezama. Seamos amigos. ¿Dónde ibas?

—A Florencia.

—¿Firenze? Curioso, curioso... Escucha, pirata. Soy supersticioso. Tengo ahora que acometer una empresa, fiando de la habilidad de mis manos. Si te sé cerca, tendré suerte. Te pido un favor. Quédate en mi topera, con tus dos hombres. Y esta noche podréis seguir camino. Tengo varios invitados.

—¿Como yo?

—¡Oh, no, no! Totalmente voluntarios. Vinieron desde Firenze. Caballeros franceses, enviados en embajada extraordinaria por Su Majestad el Rey de Francia a Firenze. Quisieron conocer mis toperas, donde les aseguraron, y lo han comprobado, que había las más hermosas italianas, el mejor vino y brochazos de tipismo. Ya sabes-añadió indulgentemente —, algo parecido a curiosos que vinieran a visitar tu barco. Les da escalofríos de placer poder luego contar en Francia que estuvieron varios días viviendo en las guaridas subterráneas de Fra Diavolo.

—Todo eso me importa muy poco. Si pretendo irme ahora, ¿qué ocurrirá?

—Podrías matarme, señor español. Pero sacrificarías tu vida y la de tus dos hombres. ¿Niegas que soy valiente?

—Eres un niño caprichoso, por lo que veo.

—Exacto, exacto-afirmó, complacido, el florentino —. No seamos lobos por ahora. Aguarda hasta el crepúsculo, y entonces podrás irte a Firenze en buena compañía.

—¿La tuya?

—¡Oh, no!... La de los caballeros franceses y otro invitado inglés, un tal Milord Pegrey, un clásico británico, gran señor.

—No me apetece oler a tierra húmeda y subterránea.

—Bien. Queda, pues, aquí... Pero, hermano mío... Recuerda... Si intentaras irte...

—Ya sé. A mal tiempo, buena cara. Aguardaré aquí, que también yo soy caprichoso cuando puedo, y por eso acato tu florentino capricho.

—Gracias.

Alejóse el bandido, y de pronto pareció como si la tierra se lo hubiera tragado. Resbaló ágilmente por la pendiente subterránea en declive, y se halló en ancho aposento bien amueblado, iluminado por antorchas perfumadas.

Le aguardaba un sujeto de recia complexión, ante el cual Fra Diavolo empezó a desnudarse el sayal.

—¿Hablaron los supervivientes de la cuadrilla de Spada? —preguntó autoritariamente. Había desaparecido de él toda cordialidad y misticismo.

—Debiste suponer que cuando ordené quitarlos de la carretera, era para saber por qué atacaron a cuatro españoles, uno de los cuales huyó. ¿Lo comprendiste así, Luigi?

—En efecto, le interrogué, Angelo. Un personaje con antifaz, pero que Spada dijo por el camino, cuando acá se dirigían, que era el banquero Reggío Borghese, dio mil florines para que mataran a esos cuatro españoles. Tenían que apoderarse de un documento que uno de ellos llevaba a Florencia. Un documento interesante, porque Reggio Borghese quiso percatarse de si Messer Spada o cualquiera de sus hombres sabía leer...

—*Peccatto*! ¿Reggio Borghese? Bien hice en mantener aquí al español pirata. Ya sabré a qué atenerme... Olfateo algo importante. Reggio Borghese debe tener un gran interés en el documento...

Mientras había estado hablando, una extraña transformación verificábase en el florentino. Habíase quitado la postiza barba, substituyéndola por una perilla y un bigote rubios que engomó con

una pasta olorosa, aplicándoselas en el mentón y en la parte superior del labio.

Sentado ante un espejo, iba pincelando sus cejas, y poco después su tonsurada cabeza recibía una corta peluca de rizos rubios, que quedó ajustada y perfectamente engomada.

Era imposible reconocer a Fra Diavolo en el elegante caballero que, poco después, espada y daga al cinto, internóse por uno de los múltiples pasadizos que comunicaban entre sí todas las toperas.

La suya era la única ante la cual tres hombres montaban la guardia y que no pestañearon siquiera al ver salir por ella a Milord Pegrey.

Muchas habían sido las veces en que Angelo Buoncuore había adoptado dicho disfraz, que tan bien encubría la personalidad del afamado bandolero do barba negra y tonsurada cabeza.

—Luigi… ¿Bebieron bien? —preguntó cuando se iban acercando ya a otro aposento del cual procedían voces.

—Mucho y bien, Angelo.

—¡Torpe! —y el acento del florentino era clásicamente inglés. Estás hablando con Milord Pegrey, invitado a visitar los antros de Fra Diavolo. ¿Hay naipes?

—Ya empezaron ha tiempo a jugar, milord, cuando se hubieron cansado de canciones y baile. Ellas se han retirado.

—*Stá benone*! Retírate, Luigi.

La aparición de Milord Pegrey hizo que los ocupantes del aposento dejaran de manejar el naipe, para cortésmente levantarse. Y graciosamente Milord-Pegrey, aunque haciéndose rogar primero, consintió poco después en tomar parte en la partida que a fuertes sumas iban jugando entre si los “enviados extraordinarios de Su Majestad el Rey de Francia”.

CAPITULO IX

Una apuesta original

—¿Por la misma cantidad, vizconde?..

—Sí, milord.

—Os deseo mejor suerte, vizconde.

Flemático, el rubio inglés cogió el mazo de naipes, los barajó y distribuyó. A la luz de cinco cirios empotrados en redondel de plata, que daban claridad a la mesa, su contrincante examinó las cartas recibidas. Un breve rictus crispó sus labios.

—Espero que me será ahora más favorable la diosa Fortuna, milord.

El que hablaba era un hombre joven, de amable rostro y distinción nativa. Sus anchas espaldas avaloraban el elegante uniforme de los guardias del rey Luis.

—Chateranton va a cometer una estupidez-murmuró uno de los testigos al oído de su vecino, que como él y otros dos contemplaba la escena —. No debería seguir jugando... después de haber bebido tanto. La hospitalidad de Fra Diavolo le va a salir cara, por culpa del británico.

—Tú que eres íntimo amigo de Chateranton, Roncher, debieras impedirle de continuar...

—Imposible. Es un testarudo —lamentóse el llamado Roncher.

Roncher, Tallien, Derbáux y Chateranton, cuyos vestidos denotaban claramente su corte transalpino, componían la embajada extraordinaria que había ido desde París a Firenze en misión de cumplido.

En aquel día otoñal del 1710, segundo de su estancia en los recintos subterráneos de Fra Diavolo, habían celebrado abundantemente en orgías alegres el multicolor espectáculo que las

italianas amigas de los bandoleros habíanles brindado con sus bailes y cantos.

El todo, acompañado de excelentes vinos y manjares, había terminado con la partida de las encantadoras féminas, y el naipe había hecho su aparición.

La ausencia de Milord Pegrey la habían atribuido los jóvenes franceses al sempiterno puritanismo británico, y la aparición en el momento en que el juego se caldeaba fue bien acogida.

Pero Roncher, Tallien y Derbaux, después de dos horas de jugar, levantáronse ante la suerte que pareció favorecer al vizconde Chateranton y sí inglés, dejándolos a ellos poseedores de todo el dinero de las bolsas.

Y limitábanse ahora los tres a ser testigos de la fuerte partida entablada entre el vizconde y el flemático británico, que por las grandes sumas que arriesgaban parecían dispuestos a arruinarse mutuamente.

Una vez, Tallien, para intentar poner fin indirectamente a la partida, dijo amablemente:

—¿No deberíamos invitar a Fra Diavolo?

—*By Jingo!*... No-exclamó Milord Pegrey —. El señor bandido florentino es muy agradable, pero no jugaría con él. ¡Oh, no!

Y había continuado la partida entre los dos únicos jugadores.

Después de jugar la nueva ronda, contó sus puntos Chateranton.

—¡Por cien mil pistolas! He perdido otra vez.

—Así veo, y lo siento-replicó cortésmente Angelo Buoncuore, muy en su papel de aristócrata inglés, que había sido presentado en Firenze a los franceses por Bernabei Simone.

—Vamos, pues, a buscar a Fra Diavolo y salgamos ya de esos hoyos —intervino Roncher, inclinado tras Chateranton—. Me parece que estás febril, amigo mío. Y hace mucho calor aquí dentro

—Antes quiero mi revancha-dijo Chateranton —. Siempre y cuando Milord Pegrey no vea inconveniente.

—Vuestro servidor, vizconde. Disponed por entere...

—¡Loco!... —bisbiseó Roncher, muy furioso.

Pero su compañero pareció no oírle, y afectó un tono negligente.

—Os debo diez mil luises, milord. Representa el valor entero de mis tierras. Me quedan aún varios bosques en Normandía que valoro en otros diez mil luises.

—No lo dudo, vizconde. Los bosques normando son riquísimos.

—Os los juego contra mi deuda.

—Sería poco galante el negarme, vizconde.

Un murmullo flotó alrededor de la cabeza de los dos jugadores. Roncher, lívido, sacudió la cabeza, pesaroso.

—Va a perder hasta sus espuelas —se quejó al oído de Tallien.

—En todo caso, su audacia es de admirar-comentó Tallien.

—Es casi demencia de valentía —acotó Derbaux.

Chateranton y el supuesto inglés jugaban el “revers”, y a la nueva distribución de cartas la suerte pareció indecisa en un principio. Pero a la suma de los puntos de las bazas, de nuevo ganó el británico.

Levemente pálido, pero esforzando se en sonreír, el arruinado vizconde miró a su afortunado ganador.

—Esta vez, milord, ya nada tengo para jugarme.

Angelo Buoncuore arqueó las rubias cejas.

—*By Jingo*! Sería muy lamentable que yo no encontrara un medio de ofrecer una última oportunidad al excelente jugador y caballero que sois, vizconde. La fortuna es mujer y, por tanto, voluble. Es imposible que se obstine en seros esquiva. *Aoh, aoh*! Esperad... Ya he encontrado una original apuesta... Podréis resarciros,.,

Interrumpióse, como si reflexionara. Seguramente, a juzgar por su leve sonrisa, que sabiamente mantenía sus labios apretados, pensaba algo muy divertido.

Ya en aquella época los hijos de Albión tenían la reputación de ser altamente excéntricos en sus apuestas y ofertas. Un silencio profundo reinó en el aposento, sólo interrumpido por contenidas respiraciones..

Con mesurada entonación comedida Milord Pegrey expuso su “idea” como si se tratara de la cosa más natural del mundo:

—Pensáoslo, caballero vizconde... ¿Qué diríais si, por ejemplo, os apostara que no os casaréis antes de seis semanas con la primera mujer que podamos encontrar por las calles de Firenze esta noche, apenas lleguemos a la ciudad?

—¿Contra qué hacéis esta apuesta? —preguntó Chateranton, ahora densamente enrojecido el semblante.

—Todo cuanto os he ganado, más diez mil luises que añado.

—¿Y si pierdo?

—Conozco todo el valor que un gentilhombre francés da a la palabra de honor que empeña ante más de dos testigos. Comprendo que de ella seáis orgullosos hasta la bravata y fanáticos hasta la muerte de una palabra que tiene la misma importancia que el buen renombre de un blasón o la memoria de vuestros antepasados.

—No lo pongáis en duda, milord —dijo altivamente Chateranton —, si empeño mi palabra, cumpliría.

—Entonces, si rehusaseis casaros, me daréis vuestra palabra de honor de que por espacio de dos meses cumpliréis cuantos deseos os pueda yo manifestar.

—¡Trato hecho!

El vizconde Chateranton habla hablado tan deprisa, que Roncher no tuvo tiempo de intervenir en lo que se le antojaba locura de embriagado,

Lo hubiera hecho por amistad con el vizconde, al riesgo de provocar un duelo con el británico, pues las costumbres impedían toda intervención entre apuestas hechas por otros caballeros.

Levantóse algo vacilante Chateranton, apartándose mientras sus tres amigos le rodeaban, dos de ellos prodigándole bromas. Pero Tallien, mientras él vizconde ceñíase la espada, le reprochó, en queja afectuosa:

—Perdiste el buen sentido. ¿Qué avispa te picó? ¿Sabes a qué te has comprometido?

—A que la suerte me favorezca.

—Pero... corres peligro de tropezar con una mujer ya casada, o una vieja odiosa, o una jorobada, una tuerta sin dientes..., ¡yo qué sé! Hasta quizá con una ramera de...

—Sería divertido. La vida es cosa banal que hay que especiar con el roce de lo imprevisto.

—Has incensado demasiado a Baco, vizconde. ¡Cuánto te arrepentirás mañana, cuando el humo del vino se haya evaporado en tu cerebro!

—Eres un mentor siniestro-sonrió Chateranton —. ¿Quién te dice que la primera mujer que en Florencia me salga al paso no sea la más bella de las diosas humanas? Florencia es ciudad de hermosuras...

—Pero si no puedes casarte con ella, ¡te conviertes en el esclavo

de Pegrey!

—Dos meses, pronto pasan. Y Milord Pegrey rio es un gentilhombre capaz de proponerme nada que sea deshonroso-dijo, bajando la voz.

—¿Qué sabes tú? —inquirió también en voz baja Roncher—. Realmente, poco conocemos a Pegrey, y estos insulares son a veces pérfidos y muy capaces de raras invenciones, como ya has tenido una prueba con apuesta tan alocada.

—Ahorra saliva, mi querido Roncher. He apostado, y aguanto.

—Reflexiona... Quizá más valiera que lo provocaras a duelo...

—¡Eso sería canallesco! Vamos a reunimos con él.

Angelo Buoncuore seguía sentado y continuó así cuando los otros cuatro anunciaron que se disponían a buscar a Fra Diavolo, para que les acompañara en el último almuerzo con el que se despedirían de su guarida.

Iban a salir, cuando Luigi Gogliardi, la mano derecha del famoso bandido, cruzóse con ellos en el umbral del aposento subterráneo.

—¿Fra Diavolo? —inquirió Roncher.

—Me ruega, monseñores, que os comunique que, muy contra de su voluntad, ha sido reclamado cerca de Roma. Si tiene ocasión, vendrá a saludaros en Firenze.

—*By Jingo*! —exclamó desde su posición sentada de Milord Pegrey, el bandido florentino—. ¡Cuánto lo siento! ¿No es ese vuestro parecer, señores?

Asintieron todos, decepcionados pero se reanimaron cuando vieron entrar con grititos de alegría como si las cosquillearan, a las cinco muchachas más bonitas del “escuadrón femenino” de la banda de Fra Diavolo.

Fingiendo un reprobativo gesto de rechazo, Milord Pegrey púsose en pie, apartando cortésmente los frescos brazos que rodeaban su cuello.

—Excusadme, caballeros. Vendré cuando termine la actuación de estas damitas.

La salida del inglés fue coreada poco después por risas de los franceses al quedarse solos con las muchachas...

—¡Un puritano empedernido! —gritó alegremente Tallien.

—No sabe lo que se pierde-suspiró Derbaux, acariciando las largas trenzas de una de las danzarinas, que sabían también cantar

con arte.

El mismo ceño de Roncher se disipó, y reinó gran algazara en el aposento donde poco antes habíase empeñado tan original apuesta, según los franceses.

Pero ignoraban que todo había sido tramado días antes por Bernabei Simone, el astuto político, que confiaba en la habilidad fullera del que cuando se proponía ser Milord Pegrey sabía convertir su melodiosa voz italiana en otra más seca y aguda...

La misma con la que ahora hablaba a Luigi Gogliardini:

Que partan inmediatamente Tibaldo, Zergo, Iszi y Vivio. Cada uno en las cuatro puertas de entrada a Firenze. Cuando llegue a una de ellas el español que arriba aguarda, que le sigan sin perderle de vista un solo. Instante. ¿Hecho?

—Sí, Angelo.

—Segundo: que Ferruccio parta a todo galope y se entreviste con el excelentísimo Bernabei. Tan sólo debe decirle: "Lorenza, preparada". Y a la pregunta de Bernabei para saber por qué puerta entrarán los franceses y Milord Pegrey, que replique Ferruccio que deberá mantener oteador que desde lejos y en Siena vea la ruta que toman. No puede Milord Pegrey imponer el camino, porque desconfiarán quizá los franceses. Bastaría que yo dijese la puerta norte, para que el vizconde, pensando en hallar esperpento con faldas, aceptara la puerta sur, como entrada al destino que ignora. ¿Hecho?

—Sí, Angelo.

—Repite.

Luigi Gogliardino reprodujo fielmente las instrucciones de su jefe.

Con cierto desdén, Milord Pegrey, quitándose la peluca después de rociar sus bordes con agua que calentaba en un hornillo, aguardando a ser empleada, comentó:

—Esos franceses estarán ocupados por más de varias horas. Prefiero ir a charlar con el español. Es de otro temple. Él no se hubiera jugado el honor a un naipe. Ya ves, Luigi. Un pirata como él, y un mísero pecador como yo, tenemos quizá otro concepto del honor...

CAPÍTULO X

Fra Diávolo se despide

El Pirata Negro., cuando pasaron minutos desde la partida y desaparición del florentino, aproximóse al espacio donde tras los árboles, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas” aguardaban en pie, habiendo atado por las riendas a los caballos.

Examinó Lezama las bridas anudadas a la usanza marina, con lazo de fácil destrabar por quien se propusiera montar rápidamente.

—Bien, bergantes. ¿Os habéis preguntado lo que sucede? Un inteligente bribón mandando en medio centenar de picaros con mosquetones, que nada tienen de hormigas, pero que emplean sus viviendas, ha determinado que nuestra permanencia aquí unas horas, le traerá suerte. ¿Visteis bien al bribón que viste de fraile?

—Muy bien, señor —replicó “Cien Chirlos”—. Me chocó mucho su atuendo, después de lo que sucedió aquí.

—¿Y a ti, chiclanero, no te chocó también su atuendo?

—Sí, señor. Al igual que su barbaza.

Brillaron los ojos del Pirata Negro, que miró interrogante al andaluz.

—¿Qué tiene su barba, perillán?

—“Cien Chirlos”, señor, estuvo de acuerdo conmigo en que era...

—...postiza-atajó Lezama —. Pero magníficamente bien imitada. Fra Diavolo no puede presumir, que hemos visto muchos postizos en el curso de nuestra vida, ¿no es así? ¿Y en qué distingues tú barba falsa si creíste monje al que la llevaba, guapetón?

—Verás, señor-replicó “Cien Chirlos”, ufano —> Los pelos que nacen de la piel en la cara, y forman pelambrera, se mueven por el extremo de la quijada al hablar su... su barbón, pero no se mueven por las mejillas. Y si se movían las del bribón ese es porque todos

los pelos están juntos en tela que se pegotea al rostro, ¿Acerté, señor?

—De lleno, guapetón. Eres buen artillero. Y ya que tan listos os habéis despertado esta mañana, ¿es también falsa su tonsura?



Eres un buen artillero.

Rascóse “Cien Chirlos” perplejo la sien, ignorante del significado de la última palabra de la pregunta. “Piernas Largas”, presumiendo de su cultura, tomó la voz cantante:

—Víle, señor, el color del cráneo a través del corto pelo. Y es el mismo que el rostro, por lo tanto, no es falsa su “tonzura”. Es la que llevaban los monjes mercedarios que allá en el Caribe se dejaban matar por los salvajotes.

—Celebro que andéis bien de visual. Si lleva, pues, barba postiza, puede ser para dos finalidades. O darse más apariencia frailuna, o serle así más fácil al quitársela adoptar otro continente. Bien. Estudiemos nuestra situación. Si al crepúsculo, no podemos seguir camino, habrá que abrirse paso, valientes. Lo esencial es que ya el señor Lucientes anda camino de la Firenze, que es la Florencia para nosotros, españoles. Mientras, al buen esperar, dale tripa, guapetón. En otros términos, trae acá las viandas y el vino que

previsor almacenaste en la sacocha a grupa de tu penco. Yantaremos para recuperar las energías gastadas. Después, a turno de dos dormitaremos.

Sentóse el Pirata Negro, mientras encima de su propio capa, “Cien Chirlos” iba disponiendo carnes, pasteles y frascos. A media comida, el Pirata Negro hizo un gesto:

—Sentaos, buenos mozos. No es esta cubierta de velero, sino campiña italiana. ¿Sabéis por qué tan pacíficamente al parecer he aceptado servirle de mascota al caprichoso Fra Diavolo? No sólo por los troncos vacíos desde los que nos acechan, sino porque he visto en la barba falsa una calidad muy superior a la de un bandido vulgar. Y siempre es bueno, que mientras así doy tiempo a que el señor Lucientes llegue a su destino sin contratiempos, pueda estudiar algo más de la curiosa mentalidad del que sinceramente se siente pecador débil en su arrepentimiento y fuerte en,su inteligencia.

Adosados a sendos troncos, dormitaban poco después los dos lugartenientes, que mantenían cerrados los ojos, al aviso con que su jefe les bahía prevenido, de que si fingían dormir por respeto, iban a dormir de veras porque en la libre campiña italiana el sueño era también libré…

Y la ironía con que aludía a los hoyos, y también a sus puños, hizo que ambos durmieran de veras poco tiempo después de haber mantenido cerrados los ojos a la fuerza.

Púsose en pie sin el menor ruido el Pirata Negro, cuando atravesó la carretera Angelo Buoncuore, de nuevo con sayas y negra barba.

—Agradezco tu gentileza, hermano mío-sonrió abiertamente el bandido florentino —. Cuando quieras, puedes seguir camino.

—¿No tenías empeño en retenerme? Ahora tengo yo empeño en quedarme unos instantes en tu sabrosa compañía, por si no hubiéramos de vernos nunca más.

—Confío verte en Firenze, hermano mío.

—¿Te dejan deambular libremente por allá?

—¿Conoces al banquero Reggio Borghese?

—Contestar con preguntas a otra pregunta es taimada táctica femenina, grandullón. En el fondo no te tengo ojeriza. Te prometo que si el azar te hiciera pisar mi cubierta, también te dejaría libre,

pero reteniéndote un poco para demostrarte que si un día tú eras dueño de la carretera de Roma a Firenze, también en el mar soy yo dueño cuando se me antoja.

—Tenemos aproximadamente la misma edad, pirata Lezama. Hemos vivido mucho, ¿verdad? Tus ojos son perspicaces. —Y mesábase la barba riendo el fornido transformista.

—Tanto que quisieran llegar a tu pensamiento con la misma facilidad que vieron la tela bajo los rizos de tu magnífica barba engañadora.

—*¡"Beccatto, questa é bella"!*— rió Buoncuore —. Me gustan los hombres sinceros... porque aquí no abunda eso ¿sabes? Ahora bien, cuando halles a un italiano sincero, confía en él. Yo lo soy.

—A ratos. Cuando un caimán llora acecha presa, y cuando un gallo cacarea, prepara grito arrogante.

—Me places. Has adivinado que me gusta mentir. Pero atiende. No miento cuando en juego está una vida de hombre. Si quisiera darte muerte a ti y a los que te acompañan, te lo advertiría. Si miento en otras cosas, es porque él libro de Macchiavello fue mi lectura predilecta.

—Cierto que olvidaba que presumes de gran político, Fra Diavolo. Y puede ser verdad. ¿Ya no te interesa mi barco?'

—En Firenze te contestaré a esta pregunta.

—No sé si me engaño, Fra Diavolo, pero voy a tener contigo una sinceridad. ¿Enviaste muchos de tus hombres a vigilar mis pasos por Firenze?

Un destello fugaz alentó en los ojos del florentino.

—*¡"Peste é sangue"!* Si tu barco se hunde, búscame, Carlos Lezama. Podríamos congeniar y contigo estaría a gusto. Es buena tierra esta. Entre sí todas las Marcas pelean. Hay grandes posibilidades para hombres de tu talla. Mientras, no pensaras apoderarte de un solo metro de tierra toscana, porque es mi tierra, podríamos ver otras empresas...

—Mi barco flota aún. Pero gracias, Fra Diavolo. ¿Conoces tú a Reggio Borghese?

—Mucho —sonrió Angelo Buoncuore.

—¿Es capaz de emboscada?

—No le creía adicto a tales ardides... siempre y cuando no sea de mucha importancia lo que esté en juego.

—Un duelo muy florentino, Fra Diavolo. Ambos insinuamos. ¿Hablamos claro? Tengo la convicción de que a instantes te gusta hablar a lo macho, sin tapujos.

. —Me deleita. Empieza tú.

—Me tuviste aquí aguardando tu beneplácito.

—Pude ordenar que te dispararan.

—No eres de esa clase, amigo.

—No. No soy de esos. Sólo muere a traición quien a traición, intentó atacarme.

—Por lo tanto, deduje que te convenía tenerme aquí, para interrogar a alguno de los agonizantes cíe la escaramuza.

—Vas bien por ahora.

—Le sonsacaste por qué atacaron.

Y sólo podía tener interés en mandarme asesinos, el banquero Borghese.

—Tú sabrás si tenía o no interés.

—Y tú también.

—He oído hablar de un documento.

—Lo llevo encima-dijo el Pirata Negro, tocándose con el índice el pecho.

Rió el florentino con melodiosa carcajada. Carlos Lezama le hizo eco, apoyados los dos puños en las caderas.

No ordenaré que te registren, pirata. Habría lucha, y no lo quiero. Este documento que dices llevar, ¿atenta contra la seguridad de Firenze o de la tierra toscana?

—Para nada. Mi palabra de pirata,

—Entonces mi palabra de bandido que no me interesa.

—¿Tienes hombres tuyos apostados en Firenze para seguir mis pasos?

—*“Puó dar si, puó che no. ¿Chi o sá?”*

—¿Con qué puede que sí o puede que no? Bien. Tú lo sabes. Ahora atiende, Fra Diavolo. Voy en busca de dinero. f

—Palabra nefasta culpable de cuantas violencias no se cometen por amor o por ambición de gloria. ¿Mucho dinero?

—Puede que sí, puede que no. Pero lo que sé es que ni un ochavo de ese dinero pasará a mi bolsa, porque es para una chiquilla sin padres, a la que quiero dotar.

—Muchas son también las niñas pobres cuyos padres quieren y

esperan que yo las dote.

—Bien. Por ahora hemos sido hermanos, Fra Diavolo. Pero el lobo mordería, si pensaras dotar a niña italiana con dinero que quiero para niña española que en Francia aguarda.

—Mientras nos mordemos o nos sonreímos, según allá en Firenze decida la suerte, ¿un abrazo de despedida, pirata?

—No, bandido. Ahora, no. Pero cuando pise la cubierta de mi velero, si salgo de Firenze sin tropiezo, alguna que otra noche, cuando te dediques a meditar en lo mísero y pecador que eres, si oyes susurro a tu lado, sonríe, Fra Diavolo, Serán aleteos de ángel, porque en sus rezos una niña española, allá en Francia, rezará por ti y por mí. Y a las olas les enviaré mi imagen cruzada de brazos en mudo abrazo para el que supo comprender que le decía verdad cuando aseguraba que mi viaje en Italia no tenía por fin más que hallar dinero qué me pertenece y que he decidido que sea para una niña huérfana. ¿Te hace sonreír mi sentimentalismo, bandido?

—No. Guárdeme yo de ello. Sonrío, pirata, porque por un instante he oído en mi corazón música de violines. Si hablabas sincero, no temas. Que Fra Diavolo es hombre que no comete malas acciones a sabiendas. Pero te temo, porque tu hablar es persuasivo. Serías un gran político,

—Preferí enarbolar pabellón pirata. Me pareció jugar más limpio.

—¡Bravo! Pero yo soy político, Lezama. Es mi pasión, porque adoro la tierra toscana, Recuerda... Si hablas verdad, hincaré rodilla si por noche de tormenta oigo el apacible susurro del rezó de una niña lejana. Pero si tu visita a Firenze encubre propósitos sinuosos... ¡Entonces sabrás quién es Diavolo cuando deja de ser Fra!

—Entonces podemos quedar tranquilos, porque tampoco sabrás tú quién es el Pirata Negro cuando se olvida de que es Carlos Lezama. Y es ahora Carlos Lezama el que te tiende la diestra, Angelo Buoncuore.

—¿Por qué? —dijo el florentino, aceptándole el recio estrujón que devolvió con fuerza.

—Porque has tenido el buen acierto de dejarme paso libre, cuando todo estaba a tu favor. Podías haberme quitado de en medio... Habría yo procurado caer con todos los honores. Preferible es que nuestra despedida, no huela a pólvora, y bajo tu sayal sigan

los puñales y en la vaina mi espada. Y si de elogio te sirve, quede constancia de que Fra Diavolo y el Pirata Negro no podían cometer la estupidez de borrar el uno el nombre del otro, porque ambos a su modo tienen a mucho orgullo ser quien son.

—Buen viaje, caballero Lezama.

—Buena suerte, Messer Buoncuore.

El florentino sonrió y abriendo en cruz los brazos, gritó en italiano:

—¡¡Paso libre a mi amigo él español y sus acompañantes!!

Obedeciendo a la señal del Pirata Negro, sus dos lugartenientes destrabaron los caballos, obligándoles a entrar en la carretera.

Ya en la silla, el Pirata Negro, ondeó la mano, hacia el que, hundidas las suyas en las amplias mangas, mirábale erguido el semblante.

—¡Halles siempre consuelo en tu conciencia, hermano mío!

—¡Que algún día la celda monástica dé paz a tu inteligencia, Messer Angelo Buoncuore! Hoy mandas e imperas en carretera; mañana quizá veas en ella tu camino de Damasco.

—Con esta esperanza vivo-dijo sinceramente el extraño bandido —. Y recuerda, lo que antes dije. Si yo no me arrepiento definitivamente y también quiere la desgracia que tu barco se hunda... busquémonos, caballero Lezama. Juntos obtendremos lo que nos propongamos. La robusta madera española injertada de flexible urdimbre llega a cumbres elevadas.

—Adiós.

Picó espuelas Lezama, y tras él los dos piratas siguieron ceñudamente inclinados sobre el cuello de sus monturas. (

Pero Fra Diavolo cumplió, y antes de volver a ser Milord Pegrey, vio perderse en la lontananza a los tres jinetes que iban hacia Florencia.

CAPITULO XI

La boda imposible y el epílogo inesperado

A media tarde, después de refrescar sus gargantas y dar un alto a los caballos, en Siena, el grupo de jinetes constituido por el vizconde de Chateranton, Roncher, Tallien, Derbaux y Milord Pégrey, se detuvo ante la triple encrucijada que formaban las tres rutas que respectivamente daban entrada por distintas puertas a la ciudad florentina.

Milord Pégrey, prietos los labios que se sorbía para hablar lo más británicamente posible y evitar fuera reconocible la boca sensual del bandido florentino, denegó con la cabeza:

—No, caballeros. La elección de la puerta por la que hemos de entrar en Firenze corresponde al señor vizconde. Estimad que sería para mí muy trágico poner a nuestro buen caballero en la tesitura de tener que esposar a sesentona si eligiera puerta Norte o Sur.

—¿Norte, Sur, Oeste? Dada nuestra posición-bromeó Tellien-la ruta más corta es la que conduce a la puerta Sur.

—¡A ella, pues! —gritó Chateranton, dando la señal de partida.

Había ya caído el crepúsculo, cuando desmontaron sus caballos ante la puerta Sur de la muralla que circundaba la ciudad florentina.

El reglamento de las ordenanzas de vigilancia nocturna exigía que cuantos viajeros pidieran paso, después del toque de queda, lo hicieran a pie, dejando sus monturas al cuidado del cuerpo de guardia, que las entregaría a sus poseedores al siguiente amanecer.

Los cuatro franceses, enlazados por el brazo, atravesaron el puente, levantado, mientras Milord Pégrey andaba junto al vizconde.

—*¡"Cornes"!* Están las calles como siempre, obscuras como boca

de cueva-masculló Darbeaux, que acababa de tropezar contra una piedra descalzada de su lugar.

—¡Así estuviera más obscuro que en el infierno...! —replicó Roncher, inquieto— Y que ninguna mujer tuviera la ocurrencia de salir...

La pendiente por la que bajaban, y que conducía a una calle estrecha, no tenía más iluminación que la habitual en Florencia. Escasas eran las linternas que traslucían una claridad tan avara que a cada instante los cuatro franceses corrían el riesgo de hundirse hasta los tobillos en charcos barrosos o chocar contra montones de inmundicias.

Pero no se preocupaban por ello. Avanzando en la penumbra, sentíanse los cuatro, presos de extraña emoción, aunque el más intrigado era el vizconde de Chateranton. A su lado, Milord Pégrey, impasible, andaba con una rigidez muy distinta a la flexible elasticidad de Angelo Buoncuore.

—Por esta calle no hay peligro de encontrar mujerzuelas —respiró aliviado Roncher—. A lo más, alguna beata volviendo de oficios vespertinos o una burguesita aficionada a tertulias.

Entraban ya en la estrecha callejuela, cuando a una se detuvieron los cuatro, quedando un poco rezagado el fingido Milord Pégrey.

Al otro extremo de la calleja mal alumbrada, y procedentes de la plazoleta, venían seis hombres armados, cuatro de los cuales llevaban antorchas.

—Una patrulla-dijo Tallien.

—No-rectificó milord Pégrey —. No confundamos soldados y esbirros. Esos son agentes privados.

Quedaron todos inmóviles y ocultos en un entrante de la pared, mientras los seis uniformados, se detenían ante una casa, cuya puerta de entrada estaba protegida por un pórtico en arco.

—Rienzi y tú, Florentti, colocaos a los flancos-mandó el que parecía ser el jefe de la expedición —, Y si el pájaro intenta velar, no lo falléis. Dos más a mi lado con las antorchas. Y tú, Vittorio, golpea el martillo para despertar al pájaro. Y tened en cuenta la orden: no servirse de las armas más que como último recurso.

Fueron colocándose los agentes tal como habíales indicado el que llevaba la voz cantante. El llamado Vittorio accionó el

picaporte, golpeando fuertemente el aldabón, hasta que en la madera de la puerta entreabrióse un recuadro.

Desde el interior, una voz de mujer claramente inquieta, preguntó quiénes eran los que llamaban.

—¡Abrid en nombre de la justicia! —clamó el comandante de los esbirros.— Y sin demora o echaremos la puerta abajó.

Abrióse la puerta...

El vizconde Chateraton, desde la obscuridad, que con sus compañeros le servía de puesto de observación, no pudo reprimir una sorda exclamación repetida casi inmediatamente por sus compañeros... menos Milord Pégrey.

Era una exclamación en la que imperaba, bajo distintos tonos, idéntica admiración.

La que acababa de aparecer en el umbral, era una silueta femenina esbelta, encantadora, juvenil, a la que iluminaba el resplandor vacilante de las antorchas.

La desconocida poseía un rostro de óvalo exquisito, donde los ojos luminosos y anchos, la tersura de la tez y los sedosos cabellos, concedíanle un atractivo seductor.

Vestía de terciopelo granate y sus manos blancas, delicadas y esmeradamente cuidadas, destacábanse en la obscura tela.

—¡Os ha favorecido la suerte esta vez, querido vizconde! —murmuré Milord Pégrey—. Felicitaciones y enhorabuena, amigo mío. Ni soñándolo hubieseis podido desear esposa más perfectamente deseable.

De acuerdo con los términos de la “original” apuesta, la mujer que acababa de aparecer, era la que, en un plazo de seis semanas, debía ser esposa del vizconde.

—¡Qué delicia! —murmuró extasiado el joven francés.

—¿Qué queréis a estas horas? —preguntaba la joven—. Habéis llamado a puerta de ciudadanos inofensivos...

Estaba al parecer inquieta, pero afectaba una arrogancia enérgica quo aumentaba su hermosura.

—¿Qué es lo que queremos? —repitió el jefe de los esbirros—. No gran cosa. ¡Detener en el nombre del senado al conspirador veneciano Iago Fosco!

Lanzó su exclamación y subió los peldaños hasta colocar encima del hombro de la mujer una mano de la que ella se liberó, dando un

paso adelante.

—No hay conspiradores, “signore”. No podéis acusar tan falsamente a quien...

—Será esta tu opinión, hermosa —replicó el agente—, Pero no la de quienes me mandan. Aparta, pues...

—“*¡By jingo!*” —musitó milord Pégrey, siguiendo con su plan—. Es una dama fogosa, y que inspira deseos da protegerla. Cualquiera de sus semejantes, en parecido trance, habríase desmayado ante tan lúgubres aves nocturnas.

El vizconde Chateranton, no apartaba sus ojos de la bella desconocida. La admiraba por su belleza y su valentía, y, a la vez, sentíase atraído hacia ella por una instintiva simpatía.

El destino mostrábase al fin y al cabo bastante benévolo con él, ya que no era desagradable salir de la ruina a base de intentar la conquista del corazón de la bella.

Y hasta entreveía una manera caballeresca de presentarse... Más apartado milord Pégrey sonreía disimuladamente, siendo testigo de que Bernabei Simone había organizado todo magníficamente.

Los otros tres franceses observaban también interesados la escena que ante sus y a corta distancia da donde se ocultaban se estaba desarrollando.

El jefe de los esbirros no parecía dispuesto a discutir con la muchacha. Extrajo de su túnica un pergamino sellado en negro y llamó a dos de sus satélites.

—Las órdenes del Senado deben ser ejecutadas a rajatabla Cogedme a esta charlatana y atadle las manos. Y después id en busca de Iago Fosco, en vista de que no quiere salir de su antro por propia voluntad.

Chateranton hizo un movimiento como para salir y abalanzarse hacia los peldaños.

Lo hubiese realizado si no le hubiese detenido en su impulso el oír una voz cascada y temblorosa, que interrogaba:

—¿Quién pregunta por Iago Fosco? Soy yo. ¿Qué me queréis?

Precedente del obscuro vestíbulo, entró, bajo la luz de las, antorcha, un viejo encorvado, de rostro arrugado y ojos parpadeantes. Vestía sobriamente, con cierta distinción.

Su llegada fue acogida con una exclamación por el jefe.

—¡Helo aquí! No ha tenido tiempo de huir. ¡Atádmelo

sólidamente!

—¿Por qué? —inquirió el anciano—. Yo respeto las leyes de Firenze y ningún daño hice a mis semejantes.

—¡Andad ya! —apremió el jefe—. ¡A por él!

Dos de los esbirros avanzaron asiendo al viejo veneciano, mientras otros dos cogían cada uno por un brazo a la joven.

Ella lanzó un débil grito, pero que a oídos del vizconde resonó la llamada más invitadora y estridente.

—¡Estos esbirros malditos! —dijo indignado—. ¿Vamos a dejarles que se salgan con la suya?

Angelo Buoncuore, continuando con su cometido, hizo hablar sesudamente al "inglés", asiendo por el antebrazo al impulsivo vizconde:

—Aceptad un consejo de amigo, caballero-le sopló al oído —. Excusadme, pero llevo meses en Firenze ¡No os mezcléis en estos asuntos!

—¡Estos esbirros están maltratando a la joven!

Milord Pégray volvió a verter consejos de apaciguamiento

—Sed prudente, vizconde. En Florencia no queda impune el apalear a los esbirros de justicia.

Como si la joven diérase cuenta de que en la obscuridad había testigos dirigió hacia el entrante cercano sus ojos:

—¡Salvadnos quien seáis...! Von, señores, que lleváis uniformes de ofíciales franceses, ¿dejaréis que ante vuestras miradas cometan una cobarde tropelía?

Hablaba de pronto en un francés, cálido, exótico y acariciante que colmó la ebullición de la sangre del impetuoso vizconde.

—¡Si lo permitiera, me creería por siempre deshonrado! —clamó.

Oír la lengua natal brotar de aquellos labios rojos, ver las miradas implorantes en aquellos ojos luminosos... Era una magnífica ocasión de distinguirse ante la que era preciso enamorar, so pena de verse reducido a la ruina y soportar órdenes de una voluntad británica.

Desenvainó, y avanzando corriendo, empujó a los dos portadores de antorchas:

—¡Atrás, esbirros! ¡Nadie se atrevió a maltratar mujer ni anciano sin defensa ante un Chateranton!

El jefe de los esbirros, intentó detener al que se le acercaba, interrogando:

—¿Con qué derecho...?

—¡Descúbrete para hablarme, plebeyo! —replicó el noble francés, mientras que de un revés, lanzaba al suelo el cubrecabezas del jefe esbirro.

Aquello fue la señal de la escaramuza. Seis espadas salieron de sus vainas, y de la obscuridad avanzaron los cuatro testigos, algo más atrás milord Pégrey...

Sin embargo, fue el propio “inglés'” quien de un salto, atravesó con su espada el antebrazo del que acababa de extraer una pistola que dirigía liada el vizconde.

—¡Gracias, milord! —gritó alegremente Chateranton—. ¡Ahí va mi pago de deuda!

Y embrochó a otro esbirro que atacaba al supuesto milord. Los cuatro que quedaban indemnes, batiéronse corriendo en retirada, y el jefe de ellos, a la par que corría, gritaba a voz en cuello, pidiendo auxilio de la ronda nocturna.

El anciano Iago Fosco apoyábase en la muchacha, y ambos, desde la ruptura de hostilidades y la intervención del joven francés, habíanse retirado algo al interior.

—¡Vayámonos, señores! —apremió milord Pégrey— No tardarán en volver con los del rondín... Hacedme caso.

—¡Huyamos! —clamó agudamente el anciano.

Ella, adelantóse un paso, mirando al joven francés:

—Partiremos a Venecia, señor. Quiero saber vuestro nombre...

—Vizconde Jean Chateranton... ¿Y vos?

—Lorenza Fosco.

—¡Apresuraos! —apremió milord Pégrey.

—¿Dónde os podría ver, “*signorina*”? —interrogó Chateranton.

—Residimos en el Viale Mocenigo...

—¡Os daré escolla! —ofrecióse Chateranton.

El anciano veneciano apoyábase en el hombro de la hermosa, doncella, y tembloroso, suplicó:

—Huyamos, Lorenza, huyamos...

—¡Hasta Venecia, milord! Allí os aguardo. ¡Y a vosotros, amigos míos! Hasta entonces.,.

Antes que ninguno de ellos pudiera contestar, ofrecía ya

Chateranton su brazo a la muchacha, colocándose entre ella y el viejo, que se apoyó pesadamente en el otro brazo del francés.

Partieron los tres, difuminándose sus siluetas en las penumbrosas paredes dando vuelta a la esquina.

Fue el primero en recuperarse Tallien, quien murmuró:

—Un inesperado epilogo, milord. Creo que habéis perdido... porque Chateranton se casará... ¡Qué duda cabe! ¡Lástima que no fuera yo el perdedor!

Rieron los otros dos, y ateniéndose al consejo del supuesto inglés, abandonaron aquel lugar, dejando atrás un cadáver y un herido, que había oído toda la conversación.

Separáronse para dirigirse a sus respectivos alojamientos, y no había aún amanecido, cuando los tres franceses fueron despertados con cortesía imperativa por un oficial florentino acompañado de diez soldados.

Bajo la acusación de haber facilitado la fuga al conspirador Iago Fosco y esposa, y haber dado muerte a un cumplidor de la ley, y malherido a otro, ingresaron en las celdas de la fortaleza Strozzi, pese a sus reclamaciones, invocando la inmunidad por ser enviados extraordinarios de un gobierno extranjero.

Milord Pégrey no fue preso, porque apenas se hubo separado de los tres franceses, fue a entrevistarse con Bernabei Simone, a decirle que todo había salido a pedir de boca.

El vizconde de Chateranton habla caído en la trampa. No sólo no podría casarse con Lorenza Fosco, sino quo para defenderse de ser cómplice de conspiradores venecianos, veríase obligado a aceptar cuantas sugerencias quisiera presentarle el falso milord Pégrey.

Y aunque Angelo Buonacuore no sabía con claridad cuál era el plan previsto por Bernabei Simone, adivinaba que el astuto florentino había dado inicio a una de sus maniobras arteras y complicadas, que redundaría en el mayor provecho de la causa toscana.

Bernabei Simone explicó la finalidad de su plan:

—El vizconde dará muerte al viejo Fosco para lograr casarse con la viuda, o, enamorado de Lorenza, aceptará cuanto ésta le indique. Y ella es la piedra de toque de nuestra infiltración entre los conspiradores venecianos, Angelo...

—No olvides de llamarme milord, Bernabei-rió el bandolero.

—Eso es, milord. Y un enviado francés conspirando a favor de Venecia, me permitirá a mí, toscano, obtener órdenes de detención contra muchos franceses molestos... ¿Comprendes ahora, Angelo... digo, milord Pégrey?

—Comprendido.

—¿Desempeñó bien su papel Lorenza?

—Tan sinceramente que yo mismo la creí.

—Y su pobre esposo ignora que ella le traiciona... Entendámonos. Ignora que su bella Lorenza es una veneciana vendida al oro florentino, Y ya que do oro hablo, antes de partir de Roma, me visitó ayer noche el banquero Borghese...

Al oír mencionar ni opulento banquero, Angelo Buoncuore prestó una renovada atención.

—Me puso sobreaviso do que si bien él había intentado cortar el puso por la carretera de Roma a Florencia a cuatro aventureros españoles, mandándoles a Messer Spada, estuviera yo prevenido por si acaso ellos con seguían llegar a la ciudad.

—¿Quiénes son esos cuatro aventureros?

—Me dijo Reggio Borghese que le sacaron una carta de pago contra su casa de Banca.

—¿Por qué la dio él?

—Eran bandidos españoles vendidos a los venecianos.

—¿Lo sabes tú de buena fuente?

—Me lo juró Reggio Borghese, y ya sabes que es un toscano fiel. Le hicieron firmar la carta de pago bajo amenaza de muerte. Otras veces ya los, venecianos intentaron lo mismo para obtener fondos con que continuar sus guerras contra los otomanos, y tratar de derrocar el poderío creciente de Roma y Firenze.

—*¡“Corpo di Baco”!* —refunfuñó airado Fra Diavolo—. ¿Y qué órdenes has dado?

—La casa de Banca está vigilada. Apenas uno de los cuatro españoles a sueldo de Venecia entre en ella, caerá preso. Y los cuatro serán ejecutados en la fortaleza.

CAPÍTULO XII

Echando a suertes

Diego Lucientes, al iniciarse el ataque de los cuadrilleros de Gonzio Spada, obedeció sin rechistar las órdenes del Pirata Negro, y galopó hasta coronar una cima alejada, desde la que presenció el favorable desenlace del combate rápido.

Pero para no incurrir en el enojo de Carlos Lezama, siguió camino sin apresurarse, y por más veces que volvía el rostro para apercibir si le seguían sus amigos, llegó anochecido a la puerta Sur de la ciudad florentina, sin haberlos visto.

Tuvo que dejar su caballo en el establo del cuerpo de guardia, de guarnición exterior e internándose en las callejas, tras informarse de dónde estaba situada la casa de Banca de Reggio Borghese, desembocó en la plazoleta dei Alberghi.

Dedicóse a pasear bajo los soportales que daban frente al edificio, donde una pancarta, bajo una linterna, rezaba: "BANCA BORGHESE".

Pocos eran los que deambulaban por la plaza, y de vez en cuando el rondín de vigilancia desfilaba, repicando en los adoquines los regates de sus alabardas.

Por una dejas callejuelas, vio la inconfundible.silueta de Carlos Lezama y sus dos lugartenientes, y presuroso, avanzó al encuentro de ellos.

—Tarde llegué para cobros, señor —dijo, a modo de saludo.

—Alejémonos de aquí-replicó él Pirata Negro.

—Esa plazoleta es la que me indicaron como lugar donde se erige la mina que nos va a soltar el oro, señor-dijo Lucientes, risueño.

—También a nosotros así nos lo indicaron. Pero ahora, cuanto

más lejos estemos de aquí, mejor. Seguidme. Hacia el río, hay parajes poéticos, y una noche en blanco nos refrescará las sienes.

Embozados los cuatro en sus capas, porque el airecillo era fresco y desmentía el proverbio que decía de la ciudad que era la calurosa inspiradora del clima infernal de la "Divina Comedia", fueron andando hasta que, cruzando un puente que pasaba por encima del Arno, llegaron a unos soportales protegidos y desiertos, que pertenecían a la plaza del Mercado.

En uno de los bancos, sentóse el Pirata Negro, haciéndolo a su lado Diego Lucientes, y a los dos costados en pie, "Piernas Largas" y "Cien Chirlos" quedaron expectantes.

—No me gusta Firenze-dijo el Pirata Negro.

A ambos extremos de los soportales, unas grandes farolas afiligranadas, vertían una débil luz...

—Son parajes deliciosos para citas de amores-bromeó Lucientes.

—Y para dagas y venenos, estudiante. No soy impresionable, pero instintivamente presiento el peligro. Tengo una base sólida. ¿Creen acaso, que fuimos atacados por bandidos que querían desvalijarnos?

—Eso supongo.

—No. Tenían pago de Reggio Borghese, cuya orden fue que nos dieran muerte y rescataran la carta de pago.

—¡Maldito hipócrita! —rezongó Lucientes—. Pero no se salió con la suya. Y mañana, apenas abran las puertas de su casa de banca, presentaré la carta de pago y asunto liquidado. Ya me parecía a mí demasiado amable el que tenía de pronto que soltar trescientos cincuenta mil ducados que, a no ser por nosotros, hubieran engrosado sus caudales, ya que el pobre Bruno Bronzo nunca hubiera aparecido. Pero mañana, como digo, quedará liquidado este asunto.'

—Sí. Eso es lo que no quiero. Que cuatro españoles quedemos liquidados en Firenze. Atiende, estudiante. Si Borghese mandó a Spada para matarnos, debió también tomar sus medidas para que, en caso de llegar hasta su Banca, no pudiéramos irnos con la fortuna de Bruno Bronzo. Posiblemente olfateo inexistentes celadas. Pero mejor será que luego me llame medroso yo mismo y me reproche el ser un imaginativo impresionable, a que caigamos en red. Esos florentinos son los más arteros de los italianos.

—Pero si basta aquí llegamos, señor, también llegaremos a las arcas de Borghese.

—A eso vinimos. Y por una vez que honestamente pedimos oro sin saquearlo, torpes seríamos si, con la razón por nuestra parte, nos quedáramos sin oro y pellejos. Por tanto, y en evitación de que en la Casa de Banca, en vez de oro, hubiera soldados deseosos de apresar a españoles, he meditado una solución. Por estas latitudes, todos se les antojan conspiradores. Es natural. Dividida la nación italiana en múltiples mareas, todos entre ellos se hacen la guerra, sorda a veces, a campo libre otras. Españoles fueron los que conspiraron en Venecia, y también españoles los que pusieron en duro brete a esta ciudad. No somos gente del agrado de los ciudadanos, y por un quítame allá esas pajas nos quitarían de en medio con sumo placer. Reggio Borghese es influyente, y van en juego trescientos cincuenta mil ducados, que aun para el más rico de los banqueros italianos ha de resultar doloroso entregarlos a unos hambrientos españoles... La solución será sencilla. Echaremos a suertes quién presentará la carta de pago, y quien sea solo entrará en la Casa de Banca.

—No echemos a suertes, señor. A mí me pertenece, que yo fui quien, os metió en este berenjenal-dijo Lucientes, sonriendo, pero decidido.

—¡Tate!... mal oficio estás resultando, señor Lucientes. Contempla las disciplinadas figuras de mi guapetón y mi charlatán chiclanero, y toma ejemplo. En esta odisea, el Ulises soy yo. Con que, sin cantar Ilíadas, vamos a procurar salir con bien de esta navegación. Trae acá la asquerosa pluma de tu chambergo, guapetón.

“Cien Chirlos” arrancóse la pluma solicitada, tendiéndola a su jefe, quien la partió en cuatro pedazos.

—El que se quede con el trozo más chico, irá a ver lo que sucede cuando se presente un español pidiendo oro que le pertenece. Elegid vosotros primero... Ahora tú, señor Lucientes. La última, para mí. ¿Quién?

En la penumbra, Diego Lucientes midió con los restantes el corto pedazo que le había correspondido, y sonrió alegremente.

—¡Yo! ¡Desafío a cualquiera a que muestre plumón más exiguo que este miserable que yo ondeo!

—Tú ganaste y perdiste, estudiante —sonrió el Pirata Negro—.

Bien dijiste una vez que, estacazo que se perdía, estacazo que te daba. Esperemos que te sean leves, o que no los haya, y regreses abrumado por el peso de los sacos de oro. Ahora, a dormir, que, al amanecer, Florencia debe ser una ciudad menos tétrica y más transitada. No quiero posada, que mejor se está aquí, donde los cuatro puntos cardinales se orean, sin ventanas ni puertas. Durmamos los cuatro, pero cerrando alternativamente el párpado de babor y el de estribor, porque barco sin vigías poco navega.

Como dos perros dispuestos a morder, tendiéronse en sus capas, adosados a la pared, "Cien Chirlos" y "Piernas Largas", distanciados entre sí cinco pasos y a ambos costados del banco ocupado por el Pirata Negro y Diego Lucientes.

Apoyó sus espaldas Lezama rozando con el hombro el dintel de una obscura abertura en la pared.

—Vía de escape, en caso de alarma, ¿no, señor? —musitó Lucientes, dando una cabezada hacia atrás.

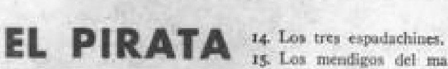
—Exceso de precauciones, quizá, estudiante. Pero de Florencia fue la raza de los Médicis, y por allá anduvieron Borgias..., y yo soy un timorato medroso influido de lecturas tenebrosas, que me hacen ver esta noche florentina como presagio de complicaciones que convertirán nuestro viaje en una verdadera odisea. Pero el precio bien lo vale. Y ahora, chitón, que cuatro forasteros durmiendo en soportal no tiene nada de particular, si, conservando las bocas cerradas, no demuestran que son cuatro imprudentes españoles que quieren salirse con la suya, pese a Reggios Borgheses, Médicis y Borgias... Y, como colofón, te aseguro que si las arcas de Reggio Borghese no se nos abren al conjuro del derecho y la razón, bien sabremos reventarlas. *Buona notte*.



PRÓXIMO EPISODIO
"LOS CUATRO DOGOS"

Tres joyas...

DE LA MODERNA LITERATURA DE AVENTURAS



EL PIRATA NEGRO

Valiente como un león, ágil como un leopardo. Siempre con la sonrisa en los labios, enamoradizo y romántico caballero, noble y generoso señor, combate sin cuartel a los traidores, los corsarios y los delincuentes de mar y tierra.

TITULOS PUBLICADOS

1. La espada justiciera.
2. La bella corsaria.
3. Sucedió en Jamaica.
4. Brazo de hierro.
5. La carabela de la muerte.
6. El Leopardo.
7. Cien vidas por una.
8. La bahía de los tiburones.
9. El corso maldito.
10. Rebelión en Martinica.
11. Los filibusteros.
12. La primera derrota.
13. La dama enmascarada.
14. Los tres espadachines.
15. Los mendigos del mar.
16. El Rey de los Zíngaros.
17. Noches fantasmales.
18. Montbar, el exterminador.
19. La tumba de los caballeros.
20. Frente a frente.
21. Esclavitud y rescate
22. Deuda saldada.
23. El holandés fantasma.
24. "Mezzomorto".
25. Mares africanos.
26. Enemigos irreconciliables.
27. La ciudad invisible.
28. El capitán Lezama.
29. Contra viento y marea.
30. Manopla de terciopelo.
31. El caballero errante.
32. Sucedió en Sevilla.
33. La tizona toledana.
34. Máscara de flores.
35. Angus el tenebroso.
36. La furia española.
37. Dos españoles en París.
38. Intriga macabra.
39. La mujer vampiro.
40. El castillo de Civry.
41. Los cuervos.
42. Odisea en Italia.

DIEGO MONTES

El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

TITULOS PUBLICADOS

1. El bandolero heroico.
2. Claveles sangrientos.
3. El toro.
4. Malatesta.
5. La duquesa y el bandolero.
6. El galán de la muerte.

EL CRUZADO

Con sus superhumanas proezas, es indudablemente el héroe de todos preferido.

TITULOS PUBLICADOS

1. La muerte llama la muerte.
2. La mano del cadáver.
3. La tumba del Gran Duque.
4. El garito siniestro.
5. El fantasma del castillo.
6. El traidor Kovarski.
7. Progrom sangriento.
8. Los piratas del Mar Caspio.

Episodios prodigiosos... obsesionantes intrigas... amores borrascosos... Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página... Un interés que crece y crece... son las características de estas tres obras excepcionales en su género, que presenta

Editorial Bruguera

Un volumen quincenal sólo cuesta TRES pesetas